

JUAN

Introducción

El más puro y radical de los evangelios. El originalísimo libro de Juan es también un evangelio y si «evangelio» es proclamar la fe en Jesús para provocar la fe del oyente, éste es el más puro y radical. En el Antiguo Testamento la existencia del pueblo de Israel se decidía frente a la ley de Dios (cfr. Dt 29); en el evangelio de Juan, es toda la existencia humana la que se decide frente a Jesús: por Él o contra Él, fe o incredulidad.

Jesús, camino que conduce al Padre. La persona de Jesús ocupa el centro del mensaje de Juan. Su estilo descriptivo es intencionalmente realista, quizás como reacción contra los que negaban la realidad humana del Hijo de Dios –docetismo–. Juan nos lleva a «ver y palpar» a su protagonista. Pero su realismo es simbólico, cargado de sentido, que la fe descubre y la contemplación asimila. El evangelio de Juan nos conduce desde el primer momento a la contemplación de Jesucristo en su misterio de eternidad y de trascendencia (1,1). A él le debemos la atrevida afirmación teológica: «La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (1,14). Una constante búsqueda contemplativa marca la índole interna de su estructura desde el principio hasta al final. Al comienzo, Jesús pregunta a sus discípulos: «¿Qué buscan?» (1,38). Con las mismas palabras se dirigirá a María Magdalena después de su resurrección: «¿A quién buscas?» (20,15). Esta cuestión se plantea a todo lector del evangelio, quien es invitado a dar una respuesta lúcida y llena de fe.

Si en Marcos Jesús se revela como Hijo de Dios a partir de su bautismo, y en Mateo y Lucas a partir de su concepción, Juan se remonta a su preexistencia en el seno de la Trinidad. Desde allí, desciende y entra en la historia humana con la misión primaria de revelar al Padre. No resulta sorprendente constatar que este evangelio haya ejercido una atracción e influencia decisivas entre aquellas personas que se deciden a leerlo con sinceridad y perseverancia. Así lo ha registrado la voz unánime de la tradición. El gran Orígenes manifiesta con ardor su plena estima y veneración: «No es atrevido decir que, de todas las Escrituras, los evangelios son las primicias, y que, de entre los evangelios, las primicias son el evangelio de Juan, cuyo sentido nadie puede captar si no se ha reclinado en el pecho de Jesús y no ha recibido de Jesús a María como madre» (Comentario a san Juan 1,23).

El camino histórico de Jesús. Para captar el alcance de la misión histórica de Jesús que nos presenta Juan, hay que sumergirse en el mundo simbólico de las Escrituras: luz, tinieblas, agua, vino, bodas, camino, palabra, paloma... Pero, por encima de todo, resuena en su evangelio el «Yo soy» del Dios del Antiguo Testamento que Jesús se apropia reiteradamente. Sobre este trasfondo de símbolos, Juan hace emerger con dramatismo, utilizando sus materiales y recursos con libertad y dominio, la progresiva revelación del misterio de la persona de Jesús, luz y vida de la humanidad, hasta su «hora» suprema en que se manifestará con toda su grandeza. Simultáneamente, junto a la adhesión de fe, titubeante a veces, de algunos pocos seguidores, surge y crece en intensidad la incredulidad que provoca esta revelación. La luz y las tinieblas se ven así confrontadas hasta esa «hora», la muerte, en la que la aparente victoria de las tinieblas se desvanece ante la luz gloriosa de la resurrección. Entonces, el Padre y el Hijo, por medio del Espíritu, abren su intimidad a la contemplación del creyente.

Aspectos literarios. El evangelio posee un estilo único, pleno de vigor y vitalidad. Algunas piezas resultan admirables, auténticas obras de arte. Pueden destacarse al menos cuatro: el relato de la samaritana, el ciego de nacimiento, la resurrección de Lázaro, y el drama de la pasión. Si nos fijamos en la manera concreta en que está redactado, habría que calificar a su estilo como de «oleadas». Habla con la profundidad y la paciencia del mar: refiere una afirmación, la reitera, la vuelve a repetir con mayor énfasis, la subraya con otra entonación... así va progresando el discurso. De una manera lenta, parsimoniosa. Sus frases se asemejan a olas repetidas que poco a poco van cubriendo la orilla. El mar no se cansa nunca. La obra es imponente en su unidad de concepción y en el vigor de su síntesis teológica. Texto literariamente pletórico de belleza y fuerza dramática. Pero el evangelio no se recrea en la forma. Esta belleza contribuye a presentar la novedad absoluta del mensaje que transmite: la gloria de Jesucristo, desplegada en nuestra historia, que Juan, el testigo, ha contemplado y que ahora la narra en su evangelio.

Es generalmente aceptada la propuesta según la cual su redacción y composición se ha desarrollado a través de cinco estratos:

1. La predicación oral de Juan, hijo de Zebedeo. Este material de tradición oral abarca las obras y palabras de Jesús.
2. Los discípulos de Juan, en una gran labor de escuela teológica, meditan, seleccionan, elaboran y presentan la predicación y los recuerdos de su maestro, el apóstol Juan, durante un largo tiempo que cubre varios decenios. Intervienen varias manos, que muestran la diversidad de estilo manifiesta por ejemplo en el capítulo 21. En este estrato se realiza la soldadura o fusión entre «señal» y «discurso».
3. Primera redacción del evangelio. Alguien que llamamos evangelista, un discípulo de la escuela de Juan, reúne todo el material evangélico precedente, y le da una impronta unitaria, coherente y autónoma, a saber, un evangelio.
4. Segunda redacción del evangelio. Una edición posterior que pretende responder a las nuevas situaciones y conflictos originados en la Iglesia. La existencia de los seguidores de Juan el Bautista quienes ponían la autoridad de su maestro por encima de la de Jesús. La situación de los cristianos, oriundos del judaísmo, que eran expulsados de las sinagogas por confesar a Jesús (cfr. 9,22; 16,22). El relato entero del ciego de nacimiento es aplicado a la nueva situación de los años 90, cuando los cristianos eran expulsados de la sinagoga.
5. Redacción última y definitiva, hecha por una persona distinta del tercer y cuarto estrato. Este redactor era amigo íntimo o discípulo cercano al evangelista, y ciertamente pertenecía a la escuela de Juan. Ha insertado en la obra ya existente algunos materiales de Juan que él conocía. El añadido de 6,51-58 a 6,35-50. Algunas inserciones sin contextos: 3,31-36 y 12,44-50 (son pasajes que interrumpen el hilo narrativo). Algunos capítulos los ha cambiado de orden: la resurrección de Lázaro aparece como determinante de la muerte de Jesús. Para ello ha debido adelantar la expulsión de los vendedores del templo (que en los sinópticos aparece como causa de la muerte de Jesús) al comienzo de la vida pública (2,13-22) y ha reagrupado los grandes discursos de Jesús en el discurso de despedida (15–17). También se le atribuyen algunos textos de contenido sacramental (Jn 3,5a; 6,51c-58), la conclusión del capítulo 21 y la denominación de «discípulo amado» a quien había sido su maestro.

Esta redacción se situaría en Éfeso, a finales de los años 90, teniendo como destinatarios a cristianos provenientes, en su mayoría, del judaísmo y separados de éste no por razones de observancia sino por la fe en Jesús. Es una comunidad preparada ya para caminar en la historia entre dificultades y persecuciones esperando la venida definitiva del Señor. El evangelista deje entrever a unos cristianos y cristianas que viven la presencia de Jesús en los sacramentos, como el Bautismo –cfr. el diálogo con Nicodemo y los símbolos del agua (3)–; la Eucaristía –cfr. el milagro y discurso de los panes (6,1-58) y el lavatorio de los pies (13,1-17)–; el sacramento de la Reconciliación –cfr. el poder de perdonar pecados (20,22s)–.

La comunidad Joánica. Tras la gran guerra judía con los romanos (año 70), un grupo de piadosos judíos se retira a Yamnia, bajo la dirección de Yohanan ben Zakkay. Allí reconstruyen la herencia del pueblo. Puesto que ya no existe templo, se hace de la Ley el objetivo exclusivo de toda la existencia de Israel. Pero este judaísmo que renace de sus cenizas (nunca mejor dicho, pues aún estaban humeantes las ruinas del templo de Jerusalén, destruido por el general romano Tito) debe afirmar su identidad. Su firmeza disciplinaria está a la medida de su fragilidad. Tiene que consolidarse y hacerse fuerte, incluso intolerante, a fin de poder sobrevivir. No puede aceptar claudicaciones, ni desviaciones. Ortodoxia pura y dura es el principio rector que les anima.

En estas circunstancias, a partir de los años 80, aparece la «Birkat ha-minim», o la «Bendición de los excluidos». Bajo la autoridad del Rabí Gamaliel II, Semuel el Menor introdujo una bendición (eufemismo para indicar una verdadera maldición). Corresponde a la duodécima de la célebre oración «Dieciocho Bendiciones», también llamada «Tefilá». En ella se condenaba a los herejes, incluyendo sobre todo a los cristianos. Éste es el texto de la famosa «duodécima bendición»:

*No haya esperanza para los apóstatas,
Destruye pronto el reino de la tiranía;
y perezcan en un instante los ha-minim (los herejes).
Sean borrados del libro de la vida
y no queden inscritos con los justos.*

Con la inclusión de esta «bendición» se conseguía descubrir a los «herejes», ya que se les exigía recitarla en voz alta en la sinagoga. Tenían, pues, que maldecirse a sí mismos, excluirse y marginarse. Se convertían ellos mismos en sus propios delatores. Tal era la sutil artimaña de esta práctica. Los cristianos, oriundos del judaísmo, son excluidos de la sinagoga. Sobrevino una ruptura que escindió a las dos comunidades pertenecientes originalmente a un mismo pueblo. El evangelio de Juan registra la expulsión de los cristianos de la sinagoga. El relato del ciego de nacimiento (capítulo 9) representa un reflejo dramático de tan grave conflicto. El evangelio emplea un vocablo típico («aposynagogoi» o «excluidos de la sinagoga»: 12,42; 16,2); y refiere también el miedo que los judíos esgrimen para prohibir toda confesión pública de la nueva fe en Jesús (7,13; 19,38; 20,19).

Los fariseos que están en el poder expulsan a los cristianos cuya mayoría es de extracción judía. Estos cristianos se encuentran literalmente «echados fuera, a la calle» (cfr. Jn 9,34: «Y lo echaron fuera»); se hallan de improviso al margen de su comunidad de origen, familiar, social y religiosa. El trauma resulta de una dureza, para nosotros, difícilmente imaginable. El evangelio de Juan está escrito desde este drama, y sangra por esta herida abierta entre hermanos drásticamente separados. Las relaciones de las comunidades joánicas con la sinagoga farisaica nos muestran sin rodeos que las Iglesias de Juan han nacido no en un espacio paradisiaco, sino en los conflictos, en las polémicas, en las lágrimas y las rupturas.

Pero la comunidad no sólo padece la persecución externa, también sufre en su seno las separaciones y divisiones. Las cartas de san Juan se hacen eco de este drama: dentro de la comunidad surge el cisma y las herejías. «Muchos anticristos ya han venido... Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros» (1 Jn 2,18s), confiesa con pesar el autor de las cartas. La comunidad, sacudida en sus cimientos por el desgaste externo y la controversia dentro de su mismo seno, tuvo que aferrarse a su fe en «Cristo Jesús» para descubrir una razón con la que poder sobrevivir. Los recuerdos de Jesús, transmitidos por el discípulo amado, serán al mismo tiempo su consuelo y su fortaleza: la única verdad o revelación de Dios, la plenitud de vida y de sentido, y el camino seguro para retornar hasta el Padre. En medio de su orfandad, la comunidad encontraba protección en Jesús quien les aseguraba su presencia salvadora: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6).

Plan del evangelio: la «hora de Jesús». Es ésta «hora» la que aglutina y estructura todo el evangelio de Juan, marcando el ritmo de la vida de Jesús en un movimiento de descenso y de retorno. El evangelista comienza con un prólogo (1,1-18) en que presenta a su protagonista, la Palabra Eterna de Dios, que desciende a la historia humana, haciéndose carne en Jesús de Nazaret, con la misión de revelar al mundo el misterio salvador de Dios. Esta misión es su «hora». A este prólogo sigue la primera parte de la obra, el llamado «libro de los signos» (2,12) que describe el comienzo de la misión de Jesús. A través de siete milagros, a los que el evangelista llama «signos», y otros relatos va apareciendo la novedad radical de la presencia del Señor en la humanidad: el «vino de la Nueva Alianza» (2,1-11); el «Nuevo Templo» de su cuerpo sacrificado (2,13-22); el nuevo «renacer» (3,1-21); el «agua viva» (4,1-42); el «pan de vida» (6,35); la «luz del mundo» (8,12); la «resurrección y la vida» (11, 25). A continuación, viene la segunda parte de la obra, el llamado «libro de la pasión o de la gloria» (13-21). Ante la inminencia de su «hora», provocada por la hostilidad creciente de sus enemigos, Jesús prepara el acontecimiento con el gesto de lavar los pies a sus discípulos (13,1-11), gesto preñado de significado: purificación bautismal, eucaristía, anuncio simbólico de la humillación de la pasión. Luego realiza una gran despedida a los suyos en la última cena (13,12-17,26) en que retoma y ahonda los principales temas de su predicación. Por fin, el cumplimiento de su «hora» y el retorno al Padre a través de su pasión, muerte y resurrección (18-21).

Prólogo¹

- 1** ¹Al principio existía la Palabra
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.
²Ella existía al principio junto a Dios.
³Todo existió por medio de ella,
y sin ella nada existió de cuanto existe.
⁴En ella estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres;
⁵la luz brilló en las tinieblas,
y las tinieblas no la comprendieron.
⁶—Apareció un hombre enviado por Dios, llamado Juan, ⁷que vino como testigo, para dar
testimonio de la luz, de modo que todos creyeran por medio de él.
⁸Él no era la luz, sino un testigo de la luz.
⁹La luz verdadera
que ilumina a todo hombre
estaba viniendo al mundo.
¹⁰En el mundo estaba,
el mundo existió por ella,
y el mundo no la reconoció.
¹¹Vino a los suyos,
y los suyos no la recibieron.
¹²Pero a los que la recibieron,
a los que creen en ella,
los hizo capaces de ser hijos de Dios:
¹³ellos no han nacido de la sangre
ni del deseo de la carne,
ni del deseo del hombre,
sino que fueron engendrados por Dios.
¹⁴La Palabra se hizo carne
y habitó entre nosotros.
Y nosotros hemos contemplado su gloria,
gloria que recibe del Padre como Hijo único,
lleno de gracia y verdad.
¹⁵Juan grita dando testimonio de él: Éste es aquél del que yo decía: El que viene detrás de mí,
es más importante que yo, porque existía antes que yo.
¹⁶De su plenitud hemos recibido todos:
gracia tras gracia.
¹⁷Porque la ley se promulgó
por medio de Moisés,
pero la gracia y la verdad
se realizaron por Jesús el Mesías.

¹ **1,1-18 Prólogo.** El evangelio de san Juan se abre con un solemne prólogo que nos otorga la clave teológica de toda la obra: Jesucristo, misterio de la encarnación reveladora de la gloria de Dios. Asimismo, ofrece el testimonio de fe de la comunidad joánica en su Señor.

Preexistencia y actividad creadora del Logos (1-3). En estos tres primeros versículos se afirma la preexistencia, trascendencia y eternidad del Logos (Verbo, Palabra): Jesucristo, el Hijo Unigénito del Padre, encarnado para revelarlo al mundo. También se afirma su divinidad (1), que junto con la confesión de Tomás —«Señor mío y Dios mío» (20,28)— forman una inclusión. Así, el evangelio se abre y se cierra con la confesión en la divinidad de Jesús.

Revelación y rechazo (4-11). El Logos es fuente de vida, y esta vida no se ha quedado escondida, sino que brilla y se manifiesta: es luz. Pero a la revelación de la luz se oponen las tinieblas, es decir, los que rechazan deliberadamente la obra salvadora de Jesucristo. Existe en la historia de la salvación un tremendo dramatismo: la Palabra de la salvación vino al mundo, pero los suyos no la recibieron (11). El rechazo para Juan constituye la gran tragedia de la humanidad.

Los versículos 6-8 rompen la armonía del prólogo. Se trata de un comentario clarificador: Por muy grande que sea Juan el Bautista para sus seguidores (Mc 2,18-22), el evangelio precisa que no es la luz, sino un testigo de ella, una antorcha que brilla al servicio de la verdad: Jesucristo (cfr. 5,35).

Revelación y acogida (12-18). No todos se oponen a la revelación de la luz, hay quienes la acogen y aceptan; por su fe en Jesús reciben la potestad de ser hijos de Dios. La filiación divina es un don de Dios.

El versículo 14 es la parte central del prólogo: «La Palabra se hizo carne»: en el hombre Jesús resplandece corporalmente la divinidad. Dios habita en medio de nosotros. El cuerpo de Jesús se ha convertido en tabernáculo de Dios para la humanidad. La presencia divina, ligada antes a la tienda del desierto, después al templo de Jerusalén, habita ahora en la persona de Jesucristo. La comunidad creyente, el «nosotros» del prólogo, contempla en Jesús la gloria de Dios, su potencia y majestad divinas. En Él reside toda la bondad y misericordia de Dios, y éstas son estables, firmes, duran para siempre.

¹⁸Nadie ha visto jamás a Dios;
el Hijo único, Dios,
que estaba al lado del Padre.
Él nos lo dio a conocer.

Testimonio de Juan el Bautista²

(cfr. Mt 3,1-12; Mc 1,1-8; Lc 3,1-18)

¹⁹Éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos [le] enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle quién era. ²⁰Él confesó y no negó; confesó que no era el Mesías.

²¹Le preguntaron:

—Entonces, ¿eres Elías?

Respondió:

—No lo soy.

—¿Eres el profeta?

Respondió:

—No.

²²Le dijeron:

—¿Quién eres? Tenemos que llevar una respuesta a quienes nos enviaron; ¿qué dices de ti?

²³Respondió:

—Yo soy la voz

del que grita en el desierto:

Enderecen el camino del Señor,

según dice el profeta Isaías.

²⁴Algunos de los enviados eran fariseos ²⁵y volvieron a preguntarle:

—Si no eres el Mesías ni Elías ni el profeta, ¿por qué bautizas?

²⁶Juan les respondió:

—Yo bautizo con agua. Entre ustedes hay alguien a quien no conocen, ²⁷que viene detrás de mí; y [yo] no soy digno de soltarle la correa de su sandalia.

²⁸Esto sucedía en Betania, junto al Jordán, donde Juan bautizaba.

(cfr. Mt 3,13-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21s)

²⁹Al día siguiente Juan vio acercarse a Jesús y dijo:

—Ahí está el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. ³⁰De él yo dije: Detrás de mí viene un hombre que es más importante que yo, porque existía antes que yo. ³¹Yo no lo conocía, pero vine a bautizar con agua para que él fuera manifestado a Israel.

³²Juan dio este testimonio:

—Contemplé al Espíritu, que bajaba del cielo como una paloma y se posaba sobre él. ³³Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar me había dicho: Aquél sobre el que veas bajar y posarse el Espíritu es el que ha de bautizar con Espíritu Santo. ³⁴Yo lo he visto y atestigo que él es el Hijo de Dios.

² **1,19-34 Testimonio de Juan el Bautista.** El evangelista concede gran importancia al relato del testimonio de Juan el Bautista; en él nos presenta de manera condensada la personalidad de Jesús.

Testimonio indirecto (19-28). Ante la autoridad judía, el Bautista confiesa que él no es el Mesías, ni Elías, ni el profeta, sino la voz que clama en el desierto; su testimonio es profético: prepara el camino del Señor.

Testimonio directo (29-31). Ante Israel, es decir, ante el pueblo elegido, llama a Jesús «Cordero de Dios». Este título delimita la unidad teológica del evangelio e incluye los siguientes rasgos: «Cordero vencedor»: imagen apocalíptica para designar al líder soberano y mesiánico (Ap 5,11); «Cordero expiatorio»: imagen del Siervo del Señor que redime con su muerte (Is 53,7-12); «Cordero pascual liberador»: Jesús se entrega por el pecado del mundo, como el cordero de la pascua judía (Éx 12,46). A Jesús en la cruz, igual que al Cordero pascual, no le quebrarán ningún hueso (19,36). ¿Cómo quita Jesús el pecado de la humanidad? Asumiendo la condición humana y ofreciéndose desde la cruz, en ofrenda voluntaria y servicio de amor. Desde la cruz nos da el Espíritu Santo (19,30), que purifica y perdona todos nuestros pecados (20,22s).

Bautismo de Jesús (32-34). El evangelista no narra el bautismo de Jesús, sino que lo alude a través del testimonio de Juan el Bautista. Éste ha tenido la revelación de la mesianidad de Jesús, ha visto en profundidad y testimonia válidamente que Jesús es el Hijo de Dios. El objeto central de la visión es el Espíritu. Se atribuye a Jesús una función precisa: bautizar en el Espíritu (33), acción propia de Dios, quien derramaría su Espíritu sobre la comunidad (Is 32,15; 44,3; Ez 36,25-29; Jl 3,1s). Merced a la permanencia perfecta del Espíritu en Él, Jesucristo es el gran artífice de la donación universal del Espíritu y gestor de un pueblo santo.

Llama a sus primeros discípulos³

(cfr. Mt 4,18-22; Mc 1,16-20; Lc 5,1-11)

³⁵Al día siguiente estaba Juan con dos de sus discípulos. ³⁶Viendo pasar a Jesús, dice:

—Ahí está el Cordero de Dios.

³⁷Los discípulos, al oírlo hablar así siguieron a Jesús. ³⁸Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les dice:

—¿Qué buscan?

Respondieron:

—Rabí —que significa maestro—, ¿dónde vives?

³⁹Les dice:

—Vengan y vean.

Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Eran las cuatro de la tarde.

⁴⁰Uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús era Andrés, hermano de Simón Pedro. ⁴¹Andrés encuentra primero a su hermano Simón y le dice:

—Hemos encontrado al Mesías —que traducido significa Cristo—.

⁴²Y lo condujo a Jesús. Jesús lo miró y dijo:

—Tú eres Simón, hijo de Juan; te llamarás Cefas —que significa Pedro—.

⁴³Al día siguiente Jesús decidió partir para Galilea, encuentra a Felipe y le dice:

—Sígueme.

⁴⁴Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y Pedro. ⁴⁵Felipe encuentra a Natanael y le dice:

—Hemos encontrado al que describen Moisés en la ley y los profetas: Jesús, hijo de José, el de Nazaret.

⁴⁶Responde Natanael:

—¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?

Le dice Felipe:

—Ven y verás.

⁴⁷Viendo Jesús acercarse a Natanael, le dice:

—Ahí tienen un israelita de verdad, sin falsedad.

⁴⁸Le pregunta Natanael:

—¿De qué me conoces?

Jesús le contestó:

—Antes de que te llamara Felipe, te vi bajo la higuera.

⁴⁹Respondió Natanael:

—Maestro, tú eres el Hijo de Dios, el rey de Israel.

⁵⁰Jesús le contestó:

—¿Crees porque te dije que te vi bajo la higuera? Cosas más grandes que éstas verás.

⁵¹Y añadió:

—Les aseguro que verán el cielo abierto y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre.

³ **1,35-51 Llama a sus primeros discípulos.** Tras la resurrección, seguir a Jesús significa adherirse a Él en la fe, prolongar su obra y su misión. Éstos son los rasgos más destacados de este relato:

1. La iniciativa de toda llamada en la Iglesia es de Jesús (38s; 42s.47-51).

2. La fecundidad del testimonio: los discípulos, recién llamados, llaman a su vez a otros mediante su testimonio de fe mesiánica. La fe en Jesús contagia, no puede confinarse ni encerrarse.

3. Gozo ante el descubrimiento de Jesús como Mesías. Este clima de alegría que llena el corazón de los apóstoles se manifiesta en la reiterada mención del típico verbo griego «eurekamen»: «¡lo hemos encontrado!».

La boda de Caná⁴

2¹Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea; allí estaba la madre de Jesús. ²También Jesús y sus discípulos estaban invitados a la boda. ³Se acabó el vino, y la madre de Jesús le dice:

—No tienen vino.

⁴Jesús le responde:

—¿Qué quieres de mí, mujer? Aún no ha llegado mi hora.

⁵La madre dice a los que servían:

—Hagan lo que él les diga.

⁶Había allí seis tinajas de piedra destinadas a los ritos de purificación de los judíos, con una capacidad de setenta a cien litros cada una. ⁷Jesús les dice:

—Llenen de agua las tinajas.

Las llenaron hasta el borde. ⁸Les dice:

—Ahora saquen un poco y llévenle al encargado del banquete para que lo pruebe.

Se lo llevaron. ⁹Cuando el encargado del banquete probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde procedía, aunque los servidores que habían sacado el agua lo sabían, se dirige al novio ¹⁰y le dice:

—Todo el mundo sirve primero el mejor vino, y cuando los convidados están algo bebidos, saca el peor. Tú, en cambio has guardado hasta ahora el vino mejor.

¹¹En Caná de Galilea hizo Jesús esta primera señal, manifestó su gloria y creyeron en él los discípulos. ¹²Después, bajó a Cafarnaún con su madre, sus hermanos y discípulos, y se detuvo allí varios días.

Purifica el templo⁵

(cfr. Mt 21,12-17; Mc 11,15-19; Lc 19,45-48)

¹³Como se acercaba la Pascua judía, Jesús subió a Jerusalén. ¹⁴Encontró en el recinto del templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los que cambiaban dinero sentados. ¹⁵Se hizo un látigo de cuerdas y expulsó a todos del templo, ovejas y bueyes; esparció las monedas de los que cambiaban dinero y volcó las mesas; ¹⁶a los que vendían palomas les dijo:

—Saquen eso de aquí y no conviertan la casa de mi Padre en un mercado.

¹⁷Los discípulos se acordaron de aquel texto: *El celo por tu casa me devora*.

¹⁸Los judíos le dijeron:

—¿Qué señal nos presentas para actuar de ese modo?

¹⁹Jesús les contestó:

—Derriben este santuario y en tres días lo reconstruiré.

²⁰Los judíos dijeron:

⁴ **2,1-12 La boda de Caná.** No se trata de la crónica de unas simples bodas. Existen demasiadas anomalías en el relato para que lo sea: no se habla de los esposos; Jesús se rehúsa a obrar el milagro, pero luego lo realiza; la abundante agua convertida en vino para tan poca gente; existe una acumulación de términos teológicos: hora, signo, gloria, creer. Se trata más bien de un auténtico «signo» joánico. Intervienen dos personajes principales: María y Jesús.

María no es una figura de relleno o comparsa, ocupa un puesto importante, aunque el protagonismo sea de Jesús. María es modelo de fe y obediencia a la Palabra de Dios. Ella, ante el aparente rechazo de su Hijo, afirma: «Hagan lo que él les diga». Invita a los discípulos a adoptar una actitud de disponibilidad total a Jesucristo, reflejo de la postura del verdadero pueblo de Dios ante la alianza. Sus palabras son eco del pueblo fiel: «Haremos cuanto dice Señor» (Éx 19,8).

Jesús ocupa el centro del relato. La nueva revelación, el «vino» que Jesús trae es superior al agua de las tinajas de «piedra» (alusión a la ley, escrita en tablas de «piedra») del judaísmo. Pero Jesús no trae un sistema doctrinal, sino la manifestación de su misterio. Por eso elige unas bodas. La alianza mesiánica fue anunciada por los profetas bajo el simbolismo de unas bodas (Os 2,16-25; Jr 2,1s; 3,1-6; Ez 16; Is 54,4-8) y del mismo modo el Cantar de los Cantares.

El cuarto evangelio da inicio a la actividad de Jesús (11) con la alegría de las bodas mesiánicas. El esposo es Jesús y la esposa, la pequeña comunidad que se le une por la fe. La gloria que los discípulos contemplan en Jesús es su manifestación como el nuevo esposo mesiánico.

⁵ **2,13-22 Purifica el templo.** El tema de este relato es Jesús mismo, presentado por el evangelista como el nuevo y definitivo templo.

Signo mesiánico (13-17). La acción de Jesús no parece que sea un acto revolucionario, de hecho, los discípulos no intervienen. Sin embargo, se cumple la profecía de Malaquías (3,1s), Jesús aparece con poderes divinos para purificar la casa de Dios. En san Juan el sacrilegio se expresa de una manera más viva y dramática que en los sinópticos. El templo no es para Jesús, sin más, una casa de oración (sinópticos), sino la casa de mi Padre (Juan). Este celo ardiente por la gloria del Padre le va a devorar, le va a conducir finalmente a la muerte.

Dichos de Jesús (18-22). Los judíos no entienden las misteriosas palabras de Jesús (20), están en otro nivel. Suponen que habla de un templo de piedra, pero se refiere al templo de su cuerpo. Jesús entrega voluntariamente su cuerpo a la destrucción y a la muerte, pero a los tres días volverá a recuperarlo glorioso. El cuerpo de Jesús, muerto y resucitado, se convierte en el lugar donde Dios se manifiesta, el único centro de oración, el verdadero templo para ponernos en contacto con Dios. Más adelante los discípulos se acuerdan y entienden estas misteriosas palabras de Jesús. Se trata de una alusión al Espíritu, memoria viva de la Iglesia, quien nos hace recordar las palabras de Jesús, interiorizarlas y comprenderlas cabalmente (14,26).

—Cuarenta y seis años ha llevado la construcción de este santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?

²¹Pero él se refería al santuario de su cuerpo. ²²Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos recordaron que había dicho eso y creyeron en la Escritura y en las palabras de Jesús.

Reacciones ante Jesús⁶

²³Estando en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en él al ver las señales que hacía. ²⁴Pero Jesús no se confiaba de ellos porque los conocía a todos; ²⁵no necesitaba informes de nadie, porque él sabía lo que hay en el interior del hombre.

Jesús y Nicodemo⁷

3 ¹Había un hombre del partido fariseo, llamado Nicodemo, una autoridad entre los judíos. ²Fue a visitarlo de noche y le dijo:

—Maestro, sabemos que vienes de parte de Dios para enseñar, porque nadie puede hacer las señales que tú haces si Dios no está con él.

³Jesús le respondió:

—Te aseguro que, si uno no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

⁴Le responde Nicodemo:

—¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Podrá entrar de nuevo en el vientre materno para nacer?

⁵Le contestó Jesús:

—Te aseguro que, si uno no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.

⁶De la carne nace carne, del Espíritu nace espíritu. ⁷No te extrañes si te he dicho que hay que nacer de nuevo. ⁸El viento sopla hacia donde quiere: oyes su rumor, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así sucede con el que ha nacido del Espíritu.

⁹Le respondió Nicodemo:

—¿Cómo puede suceder esto?

¹⁰Jesús le respondió:

—Tú eres maestro de Israel, ¿y no entiendes estas cosas? ¹¹Te lo aseguro: nosotros hablamos de lo que sabemos, y damos testimonio de lo que hemos visto, pero ustedes no aceptan nuestro testimonio. ¹²Si no creen cuando les hablo de las cosas de la tierra, ¿cómo creerán cuando les hable de las cosas del cielo? ¹³Nadie ha subido al cielo si no es el que bajó del cielo: el Hijo del Hombre. ¹⁴Como Moisés en el desierto levantó la serpiente, así ha de ser levantado el Hijo del Hombre, ¹⁵para que quien crea en él tenga vida eterna. ¹⁶Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que quien crea en él no muera, sino tenga vida eterna. ¹⁷Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de él. ¹⁸El que cree en él no es juzgado; el que no cree ya está juzgado, por no creer en el Hijo único de Dios. ¹⁹El juicio consiste en esto: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz. Y es que sus acciones eran malas. ²⁰Quien obra mal detesta la luz y no se acerca a la luz, para que no delate sus acciones. ²¹En cambio el que obra conforme a la verdad se acerca a la luz para que se vea claramente que todo lo hace de acuerdo con la voluntad de Dios.

⁶ **2,23-25 Reacciones ante Jesús.** San Juan generaliza un dato frecuente en la vida de Jesús (4,45; 20,31): sus signos tenían que despertar la fe en su persona, pero resultan ambiguos. Unos creen (como los discípulos en Caná); otros no, porque se quedan en el taumaturgo y no en el Hijo de Dios, único objeto de fe según el evangelio.

⁷ **3,1-21 Jesús y Nicodemo.** Se presenta un fariseo ante Jesús: Nicodemo, quien confía en el Maestro sólo por los signos que ha visto; no tiene fe, tan sólo opiniones (2). Nicodemo representa a los cristianos vergonzantes: creyentes más o menos maduros, que silencian su fe porque la manifestación de la misma perjudicaría sus intereses, su situación social, e incluso haría peligrar su vida.

El misterio del nuevo nacimiento (3-9). Jesús declara con solemnidad: es necesario nacer de nuevo para ver el reino de Dios. No se trata de un simple cambio o conversión, sino de hacer algo nuevo, nacer de nuevo. Nicodemo no puede entender porque lo interpreta de manera biológica. Jesús le aclara: nacer de nuevo significa creer en Él. Es el Espíritu el agente de este nuevo nacimiento o génesis de la fe mediante su acción vivificadora. El Espíritu interioriza el testimonio acogido mediante las palabras-signos; produce una vida nueva dotando unos ojos nuevos; y hace ver la gloria de Jesús como Unigénito del Padre y del reino de Dios.

Revelación del misterio redentor (10-21). Jesús puede hablar de estos misterios porque los conoce. Nadie ha subido al cielo. Sólo Jesús, que estaba en el regazo del Padre, conoce aquellas realidades y «ha descendido» para revelarlas.

Hay una alusión al hecho narrado en Nm 21,6s, a la serpiente izada en un estandarte como salvación para el pueblo. La cruz de Jesucristo es la cumbre de la revelación, en donde se encuentra la salvación. Es el lugar del conocimiento verdadero de Jesús, como Hijo de Dios y lugar de atracción, que Él ejerce sobre toda la humanidad (8,28; 12,32).

El versículo 16 constituye el momento cenit de todo el diálogo, una expresión suprema. El amor del Padre ha puesto en marcha toda la historia de la salvación.

Los restantes versículos hablan insistentemente del juicio. Éste no consiste en una sentencia pronunciada al final de los tiempos, sino que se va realizando en la misma confrontación de los seres humanos con Jesucristo. Dios envió a su Hijo al mundo para que la humanidad pudiera salvarse. Hizo una oferta de vida, que sigue abierta. Debe ser aceptada en la fe. Lo contrario equivale a la autoexclusión de la vida. Ante la luz de Jesucristo la humanidad se divide: unos prefieren las tinieblas y esta opción existencial les lleva al juicio; otros aceptan la verdad de Jesucristo y así llegan a la comunión con Él, y reciben la salvación.

Testimonio final del Bautista⁸

²²Después de esto, Jesús fue con sus discípulos a Judea; allí se quedó con ellos y se puso a bautizar. ²³También Juan bautizaba, en Ainón, cerca de Salín, donde había agua abundante. La gente acudía y se bautizaba. ²⁴Todavía no habían metido a Juan en la cárcel. ²⁵Surgió una discusión de los discípulos de Juan con un judío a propósito de las purificaciones. ²⁶Buscaron a Juan y le dijeron:

—Maestro, el que estaba contigo en la otra orilla del Jordán, del que diste testimonio, está bautizando, y todo el mundo acude a él.

²⁷Respondió Juan:

—No puede un hombre recibir nada si no se lo concede del cielo. ²⁸Ustedes son testigos de que dije: Yo no soy el Mesías, sino que me han enviado por delante de él. ²⁹Quien se lleva a la novia es el novio. El amigo del novio que está escuchando se alegra de oír la voz del novio. Por eso mi gozo es perfecto. ³⁰Él debe crecer y yo disminuir.

Preeminencia de Jesús⁹

³¹Quien viene de arriba está por encima de todos. Quien viene de la tierra es terreno y habla de cosas terrenas. Quien viene del cielo [está por encima de todos]. ³²Él atestigua lo que ha visto y oído, y nadie acepta su testimonio. ³³Quien acepta su testimonio certifica que Dios es veraz. ³⁴El enviado de Dios habla de las cosas divinas, porque Dios le da el Espíritu sin medida. ³⁵El Padre ama al Hijo y todo lo pone en sus manos. ³⁶Quien cree en el Hijo tiene vida eterna. Quien no cree al Hijo, no verá la vida, porque lleva encima la ira de Dios.

Jesús y la samaritana¹⁰

4 ¹Los fariseos se enteraron de que Jesús tenía más discípulos y bautizaba más que Juan; ²si bien eran sus discípulos los que bautizaban, no él personalmente. Cuando Jesús lo supo, ³abandonó Judea y se dirigió de nuevo a Galilea. ⁴Tenía que atravesar Samaría. ⁵Llegó a un pueblo de Samaría llamado Sicar, cerca del terreno que Jacob dio a su hijo José. ⁶Allí se encuentra el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, se sentó tranquilamente junto al pozo. Era mediodía. ⁷Una mujer de Samaría llegó a sacar agua.

Jesús le dice:

—Dame de beber.

⁸Los discípulos habían ido al pueblo a comprar comida. ⁹Le responde la samaritana:

—¿Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? Los judíos no se tratan con los samaritanos. ¹⁰Jesús le contestó:

—Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva.

¹¹Le dice [la mujer]:

⁸ **3,22-30 Testimonio final del Bautista.** Las últimas palabras del Bautista acaban como las primeras: confesando la superioridad de Jesús. Juan el Bautista se ajusta a la verdad, es testigo humilde de la verdadera luz que es Jesucristo. Es impresionante su testimonio en el ocaso de su vida. No se resigna amargado, sino alegre; su alegría está colmada, porque ve crecer a Jesús, el definitivo esposo de la Iglesia.

⁹ **3,31-36 Preeminencia de Jesús.** San Juan, para fortalecer la fe de su comunidad amenazada por las polémicas, profundiza sobre la superioridad de Jesús que está muy por encima de cualquier otro personaje o patriarca o profeta. Una formulación lapidaria concluye esta reflexión. El Hijo posee la vida; quien cree en Él, participa de esta misma vida eterna. Quien no cree, está incapacitado para la vida. El clima de confrontación persiste en todo el capítulo.

¹⁰ **4,1-45 Jesús y la samaritana.** Teniendo en cuenta que en la Biblia una mujer es símbolo y encarnación de su pueblo, esta narración debe enfocarse más en la conversión del pueblo samaritano que en la misma samaritana. Según datos del Antiguo Testamento, el pueblo samaritano se había formado con cinco tribus que repoblaron Samaría después de ser conquistada por Asiria. Cada tribu trajo sus propios dioses, aunque después dieron culto a Yahvé, el Dios de Israel (2 Re 17,24-34).

Al comienzo del relato, la mujer se pone al mismo nivel que Jesús: Tú judío; yo samaritana (9). Jesús le recuerda su ignorancia (10), sugiriéndole el don del agua viva. Dos veces la mujer llama a Jesús «Señor» (11.15), conforme aumenta su respeto hacia Él; al final los papeles se invierten cuando ella le pide de esa agua viva.

La petición de la mujer buscaba que Jesús le hiciera la vida más fácil. Cuando Jesús le habla de sus cinco maridos —los cinco dioses originales de los samaritanos—, la mujer se reconoce pecadora y le reconoce como profeta (19); sin embargo, en el plano religioso, la mujer insiste en que Yahvé es el marido de su pueblo, ya que sus antepasados, los Patriarcas, le habían adorado en tierras de Samaría. Jesús anuncia a la mujer que en el futuro la adoración no estará ligada a lugares sino a una persona, a Él mismo, el nuevo Templo de Dios, y será un culto en espíritu y de verdad, algo que proviene del corazón movido por Dios y que se revelará en acciones concretas de vida.

La samaritana reconoce a Jesús como Mesías, pues Él se lo revela. Éste es el único caso en que Jesús revela abiertamente su identidad; lo hace a una mujer de raza despreciada; escoge a una pecadora y no a una santa, porque Dios suele escoger a los últimos. De este modo, la mujer se convierte en apóstol y mensajera de la Buena Noticia para su gente.

Cuando los samaritanos conviven con Jesús, también llegan a reconocerlo como Mesías, pero no sólo de los judíos, sino también de todo el mundo (42).

Después, Jesús vuelve a Galilea, y de esta manera el evangelista cierra el viaje emprendido en 4,3. El dicho del rechazo a un profeta en su propia tierra anticipa al rechazo que va a experimentar Jesús por sus paisanos, en contraste con la acogida de los samaritanos.

—Señor, no tienes con qué sacar el agua y el pozo es profundo, ¿dónde vas a conseguir agua viva? ¹²¿Eres, acaso, más poderoso que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del que bebían él, sus hijos y sus rebaños?

¹³Le contestó Jesús:

—El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; ¹⁴quien beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, porque el agua que le daré se convertirá dentro de él en manantial que brota dando vida eterna.

¹⁵Le dice la mujer:

—Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed y no tenga que venir acá a sacarla.

¹⁶Le dice:

—Ve, llama a tu marido y vuelve acá.

¹⁷Le contestó la mujer:

—No tengo marido.

Le dice Jesús:

—Tienes razón al decir que no tienes marido; ¹⁸porque has tenido cinco hombres, y el que tienes ahora tampoco es tu marido. En eso has dicho la verdad.

¹⁹Le dice la mujer:

—Señor, veo que eres profeta. ²⁰Nuestros padres daban culto en este monte; ustedes en cambio dicen que es en Jerusalén donde hay que dar culto.

²¹Le dice Jesús:

—Créeme, mujer, llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén se dará culto al Padre.

²²Ustedes dan culto a lo que no conocen, nosotros damos culto a lo que conocemos; porque la salvación procede de los judíos. ²³Pero llega la hora, ya ha llegado, en que los que dan culto auténtico adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque esos son los adoradores que busca el Padre. ²⁴Dios es Espíritu y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad.

²⁵Le dice la mujer:

—Sé que vendrá el Mesías —es decir, Cristo—. Cuando él venga, nos lo explicará todo.

²⁶Jesús le dice:

—Yo soy, el que habla contigo.

²⁷En esto llegaron sus discípulos y se maravillaron de verlo hablar con una mujer. Pero ninguno le preguntó qué buscaba o por qué hablaba con ella. ²⁸La mujer dejó el cántaro, se fue al pueblo y dijo a los vecinos:

²⁹—Vengan a ver un hombre que me ha contado todo lo que yo hice: ¿no será el Mesías?

³⁰Ellos salieron del pueblo y acudieron a él. ³¹Entretanto los discípulos le rogaban:

—Come Maestro.

³²Él les dijo:

—Yo tengo un alimento que ustedes no conocen.

³³Los discípulos comentaban:

—¿Le habrá traído alguien de comer?

³⁴Jesús les dice:

—Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y concluir su obra. ³⁵¿No dicen ustedes que faltan cuatro meses para la cosecha? Pero yo les digo: levanten los ojos y observen los campos que ya están madurando para la cosecha. ³⁶El segador ya está recibiendo su salario y cosechando fruto para la vida eterna; así lo celebran sembrador y segador. ³⁷De ese modo se cumple el refrán: uno siembra y otro cosecha. ³⁸Yo los he enviado a cosechar donde no han trabajado. Otros han trabajado y ustedes recogen el fruto de sus esfuerzos.

³⁹En aquel pueblo muchos creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: Me ha dicho todo lo que hice. ⁴⁰Los samaritanos acudieron a él y le rogaban que se quedara con ellos. Se quedó allí dos días, ⁴¹y muchos más creyeron en él, a causa de su palabra; ⁴²y le decían a la mujer:

—Ya no creemos por lo que nos has contado, porque nosotros mismos lo hemos escuchado y sabemos que éste es realmente el salvador del mundo.

⁴³Pasados los dos días se trasladó de allí a Galilea. ⁴⁴Jesús mismo había declarado que un profeta no recibe honores en su patria. ⁴⁵Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien porque habían visto todo lo que hizo en Jerusalén durante las fiestas; ya que también ellos habían estado allá.

Sana al hijo de un funcionario real¹¹

(cfr. Mt 8,5-13; Lc 7,1-10)

⁴⁶Fue de nuevo a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había allí un funcionario real cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaún. ⁴⁷Al oír que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a visitarlo y le suplicaba que bajase a sanar a su hijo moribundo. ⁴⁸Jesús le dijo:

—Si no ven signos y prodigios, ustedes no creen.

⁴⁹Le dice el funcionario real:

—Señor, baja antes de que muera mi muchacho.

⁵⁰Jesús le dice:

—Regresa tranquilo, que tu hijo sigue vivo.

El hombre creyó lo que le decía Jesús y se puso en camino. ⁵¹Iba ya bajando, cuando sus sirvientes le salieron al encuentro para anunciarle que su muchacho estaba sano. ⁵²Les preguntó a qué hora se había puesto bien, y le dijeron que el día anterior a la una se le había pasado la fiebre. ⁵³Comprobó el padre que era la hora en que Jesús le había dicho que su hijo seguía vivo. Y creyó en él con toda su familia. ⁵⁴Ésta fue la segunda señal que hizo Jesús cuando se trasladó de Judea a Galilea.

Sana a un enfermo en la piscina de Betesda¹²

(cfr. Mt 9,1-8; Mc 2,1-12; Lc 5,17-26)

5 ¹Pasado algún tiempo, celebraban los judíos una fiesta, y Jesús subió a Jerusalén. ²Hay en Jerusalén, junto a la puerta de los Rebaños, una piscina llamada en hebreo Betesda, que tiene cinco pórticos. ³Yacía en ellos una multitud de enfermos, ciegos, cojos y lisiados, que aguardaban a que se removiese el agua. ⁴[[De vez en cuando bajaba el ángel del Señor a la piscina y agitaba el agua, y el primero que se metía apenas agitada el agua, se sanaba de cualquier enfermedad que padeciese.]] ⁵Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. ⁶Jesús lo vio acostado y, sabiendo que llevaba así mucho tiempo, le dice:

—¿Quieres sanarte?

⁷Le contestó el enfermo:

—Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua. Cuando yo voy, otro se ha metido antes.

⁸Le dice Jesús:

—Levántate, toma tu camilla y camina.

⁹Al instante aquel hombre quedó sano, tomó su camilla y empezó a caminar. Pero aquel día era sábado; ¹⁰por lo cual los judíos dijeron al que se había sanado:

—Hoy es sábado, no puedes transportar tu camilla.

¹¹Les contestó:

—El que me sanó me dijo que tomara mi camilla y caminara.

¹²Le preguntaron:

—¿Quién te dijo que la tomaras y caminaras?

¹³Pero el hombre sanado lo ignoraba, porque Jesús se había retirado de aquel lugar tan concurrido.

¹⁴Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice:

—Mira que has sanado. No vuelvas a pecar, no te vaya a suceder algo peor.

¹⁵El hombre fue y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado.

¹¹ **4,46-54 Sana al hijo de un funcionario real.** Para nosotros, este relato es actual y modélico pues presenta a Jesús salvando a pesar de la distancia. Nuestro Señor se encuentra ausente, pero presente en su Palabra. Si creemos en su Palabra, Él nos da la vida. Leyendo con cuidado el texto griego, constatamos que todo el relato está construido en dos trípticos. Asumen la forma de dos contendientes enfrentados. Uno está dominado por la presencia de la «muerte» (46.47.49), el otro por la presencia de la «vida» (50.51.53). ¿Cuál de los dos prevalecerá? La fe es la clave, ella hace pasar de la muerte a la vida. Quien cree en la Palabra de Jesús pasa de la muerte a la vida, no en el futuro, sino en el mismo momento de creer. El Señor no promete su vida para después; no dice sanará o vivirá, sino «tu hijo sigue vivo». Tal es la honda y consoladora experiencia del creyente.

¹² **5,1-15 Sana a un enfermo en la piscina de Betesda.** Muchos comentaristas ven en los versículos 3s sólo una glosa que ilustra el sentido del versículo 7. El evangelista contempla, a manera de panorámica, una multitud de ciegos, cojos y lisiados. Ellos no pueden celebrar la fiesta. El movimiento de las aguas evoca la visión de los huesos secos de Ez 37.

El evangelista se fija en un tullido, de 38 años, lo que significa toda una generación. Jesús devuelve la salud a este muerto-viviente; pero no por el agua, sino por su Palabra. Este milagro acontece en sábado y Jesús ordena al tullido que se lleve su camilla, con lo cual conculca un precepto de la Misná. Para el evangelista se trata del verdadero sábado: la culminación de la obra creadora de Dios, que se realza con la presencia sanadora de Jesús. En cambio, para las autoridades judías se trata de una trasgresión de la ley.

Autoridad de Jesús¹³

¹⁶Por ese motivo perseguían los judíos a Jesús, por hacer tales cosas en sábado. ¹⁷Pero [Jesús] les dijo:

—Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo.

¹⁸Por eso los judíos tenían aún más deseos de matarlo, porque no sólo violaba el sábado, sino además llamaba Padre suyo a Dios, igualándose a Él.

¹⁹Jesús tomó la palabra y les dijo:

—Les aseguro:

El Hijo no hace nada por su cuenta
si no se lo ve hacer al Padre.

Lo que aquél hace lo hace igualmente el Hijo.

²⁰Porque el Padre ama al Hijo
y le muestra todo lo que hace;
y le mostrará obras más grandes aún
para que ustedes queden maravillados.

²¹Como el Padre resucita a los muertos y les da la vida,
del mismo modo el Hijo da vida a los que él quiere.

²²El Padre no juzga a nadie
sino que encomienda al Hijo la tarea de juzgar,

²³para que todos honren al Hijo
como honran al Padre.

Quien no honra al Hijo
no honra al Padre que lo envió.

²⁴Les aseguro que quien oye mi palabra
y cree en aquel que me ha enviado
tiene vida eterna y no es sometido a juicio,
sino que ha pasado de la muerte a la vida.

²⁵Les aseguro que se acerca la hora, ya ha llegado,
en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios,
y los que la oigan vivirán.

²⁶Así como el Padre posee vida en sí,
del mismo modo hace que el Hijo posea vida en sí;

²⁷y, puesto que es el Hijo del Hombre,
le ha confiado el poder de juzgar.

²⁸No se extrañen de esto:

llega la hora en que todos los que están en el sepulcro oirán su voz:

²⁹los que hicieron el bien resucitarán para vivir,
los que hicieron el mal resucitarán para ser juzgados.

³⁰Yo no puedo hacer nada por mi cuenta;
juzgo por lo que oigo, y mi sentencia es justa,
porque no pretendo hacer mi voluntad,
sino la voluntad del que me envió.

El testimonio de Dios legitima a Jesús¹⁴

³¹Si yo diera testimonio de mí mismo,
mi testimonio no sería válido.

¹³ **5,16-30 Autoridad de Jesús.** Los judíos se fijan más en la trasgresión del sábado que en la sanación del pobre tullido y empiezan a perseguir a Jesús. Esta persecución también llegará a sus discípulos (15,20).

Jesús se defiende, en lugar de situarse en la casuística de la ley rabínica, se ubica en su puesto junto a Dios, que trabaja siempre, en un presente eterno: «Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo» (17).

Jesús no es sólo señor del sábado, como afirman los sinópticos (Mc 2,28), se sitúa en relación de comunión plena con el Padre, en continuidad de trabajo permanente, quien nunca descansa de crear y cuidar del mundo. Declara que su actividad no procede de sí mismo, sino del Padre, quien es soberanamente activo y generoso, pues por amor actúa.

Según la fe judía, Dios ejercitaba dos obras supremas: resucitar a los muertos y juzgar. Pero Dios las comunica a su Hijo, le otorga su potencia vivificadora y su poder de juzgar (23).

El versículo 24 es el punto culminante de esta escena: quien cree en el Hijo tiene vida eterna (3,16.36).

¹⁴ **5,31-47 El testimonio de Dios legitima a Jesús.** Jesús ha impartido una enseñanza con una pretensión inaudita; ahora trata de legitimarla. Con ello intenta, al mismo tiempo, robustecer la fe de los que creen en Él y desenmascarar los pretextos de la incredulidad de los judíos.

La idea dominante es la del testimonio. Se presentan diversos testimonios que acrediten su autoridad: el Bautista, sus obras, las Sagradas Escrituras, Moisés. En medio (37), en posición central, está el gran testigo que hace posible los restantes testimonios: el Padre (8,13-19).

- ³²Otro atestigua a mi favor,
y yo sé que su testimonio a mi favor es verdadero.
- ³³Ustedes enviaron una delegación a Juan
y él dio testimonio de la verdad.
- ³⁴Y, aunque yo no me apoyo en testimonio humano,
digo esto para la salvación de ustedes.
- ³⁵Él era una lámpara que ardía y alumbraba,
y ustedes quisieron disfrutar un rato de su luz.
- ³⁶Yo tengo un testimonio más valioso que el de Juan:
las obras que mi Padre me encargó hacer y que yo hago
atestiguan de mí que el Padre me ha enviado.
- ³⁷También el Padre que me envió da testimonio de mí.
Ustedes nunca han escuchado su voz, ni han visto su rostro,
- ³⁸y su palabra no permanece en ustedes,
porque al que él envió no le creen.
- ³⁹Estudian la Escritura pensando que encierra vida eterna,
porque ella da testimonio de mí;
- ⁴⁰pero ustedes no quieren venir a mí para tener vida.
- ⁴¹Yo no recibo honores de los hombres;
- ⁴²además yo sé que ustedes no poseen el amor de Dios.
- ⁴³Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me reciben;
si otro viniera en nombre propio, lo recibirían.
- ⁴⁴¿Cómo pueden creer,
si viven pendientes del honor que se dan unos a otros,
en lugar de buscar el honor que sólo viene de Dios?
- ⁴⁵No piensen que seré yo el que los acuse ante el Padre;
los acusará Moisés, en quien confían.
- ⁴⁶Porque si creyeran a Moisés, también creerían en mí,
ya que él escribió acerca de mí.
- ⁴⁷Y si no creen lo que él escribió,
¿cómo creerán en mis palabras?

Da de comer a cinco mil¹⁵

(cfr. Mt 14,13-22; Mc 6,30-45; Lc 9,10-17)

6¹Después de esto pasó Jesús a la otra orilla del lago de Galilea –el Tiberíades–. ²Le seguía un gran gentío, porque veían las señales que hacía con los enfermos. ³Jesús se retiró a un monte y allí se sentó con sus discípulos. ⁴Se acercaba la Pascua, la fiesta de los judíos. ⁵Levantando la vista y viendo el gentío que acudía a él, Jesús dice a Felipe:

—¿Dónde compraremos pan para darles de comer? ⁶Lo decía para ponerlo a prueba, porque sabía bien lo que iba a hacer.

⁷Felipe le contestó:

—Doscientas monedas de pan no bastarían para que a cada uno le tocara un pedazo.

⁸Uno de los discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dice:

⁹—Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados; pero, ¿qué es eso para tantos?

¹⁰Jesús dijo:

—Hagan que la gente se siente.

¹⁵ **6,1-15 Da de comer a cinco mil.** La muchedumbre no viene con enfermos para que Jesús los sane como señala el primer evangelio (Mt 15,30), sino movida por un cierto entusiasmo mesiánico, pues ha visto los signos que ha hecho. El que Jesús suba a la montaña y se siente concede a la escena un carácter solemne, puede aludir a la subida de Moisés al Sinaí (Éx 19,20; 24,1s), como también al festín escatológico: sobre la montaña prepara Dios para todos los pueblos un gran banquete (Is 25,6-10).

Jesús mismo crea el suspense. Su pregunta se parece a la de Moisés, angustiado: «¿De dónde sacaré carne para repartirla a todo el pueblo? Vienen a mí llorando: Danos de comer carne» (Nm 11,13). Pero Jesús no se dirige, como Moisés, a Dios, sino a Felipe; esto sirve para indicar la imposibilidad humana de realizar el milagro. Jesús, a diferencia de Moisés, sabía muy bien lo que iba a hacer (6). Los cinco panes y los dos pescados resaltan el origen humilde del grandioso prodigio.

La orden dada por Jesús es la de recostarse para comer, «ponerse a la mesa». Jesús no sólo distribuye la comida, sino que preside una comunidad de mesa. Es descrito como el Señor del banquete y los beneficiarios como convidados. Juan emplea un vocabulario rigurosamente paralelo al de la institución de la Eucaristía (11). El milagro anticipa indudablemente el banquete eucarístico; más aún, significa la sobreabundancia y la permanencia del alimento eucarístico.

Únicamente Juan señala un esbozo de manifestación mesiánica. Jesús, sabiendo que venía la gente para hacerle rey, se retira al monte solo. Esta breve escena sugiere así lo que anunciará el discurso: sólo a través de su muerte Jesús llegará a ser rey; sólo a través de su muerte será el verdadero pan de vida.

Había hierba abundante en el lugar. Se sentaron. Los hombres eran cinco mil. ¹¹Entonces Jesús tomó los panes, dio gracias y los repartió a los que estaban sentados. Lo mismo hizo con los pescados: dándoles todo lo que quisieron. ¹²Cuando quedaron satisfechos, dice Jesús a los discípulos:

—Recojan las sobras para que no se desaproveche nada.

¹³Las recogieron y, con los trozos de los cinco panes de cebada que habían sobrado a los comensales, llenaron doce canastas. ¹⁴Cuando la gente vio la señal que había hecho, dijeron:

—Éste es el profeta que había de venir al mundo.

¹⁵Jesús, conociendo que pensaban venir para llevárselo y proclamarlo rey, se retiró de nuevo al monte, él solo.

Camina sobre el agua¹⁶

(cfr. Mt 14,23-33; Mc 6,46-52)

¹⁶Al atardecer los discípulos bajaron hasta el lago. ¹⁷Subieron a la barca y atravesaron el lago hacia Cafarnaún. Había oscurecido y Jesús no los había alcanzado aún. ¹⁸Soplaba un fuerte viento y el lago se encrespaba. ¹⁹Cuando habían remado unos cinco o seis kilómetros, ven a Jesús que se acercaba al barco caminando sobre el agua, y se asustaron. ²⁰Él les dice:

—Yo soy, no teman.

²¹Quisieron subirlo a bordo, y enseguida la barca tocó tierra, en el lugar al que se dirigían.

Discurso eucarístico

Jesús, alimento que no perece¹⁷

²²A la mañana siguiente la gente que se había quedado en la otra orilla vio que allí no había más que un bote, siendo así que los discípulos se habían ido solos y Jesús no se había ido con

¹⁶ **6,16-21 Camina sobre el agua.** Este episodio está presentado por el cuarto evangelio no como un milagro de la tempestad calmada, sino como una epifanía que resalta la trascendencia de Jesús. A pesar de estar contado desde el punto de vista de los discípulos, se halla centrado por entero en la persona del Maestro, quien pronuncia la expresión tan significativa: «Yo soy», y los pone enseguida a salvo. Jesús se revela con la fuerza misma de Dios, es el que camina por las aguas (Sal 77,20; Is 51,10).

¹⁷ **6,22-71 Discurso eucarístico.** La gente busca a Jesús, pero lo hace con una fe inmadura; se queda sólo en la manifestación superficial de las obras que el Maestro realiza. Jesús reacciona y da comienzo al extenso y profundo discurso eucarístico.

Jesús, alimento que no perece (22-27). El evangelista afirma que nadie por sí mismo puede conseguir un alimento que no perece; sin embargo, todos deben hacer lo posible para acoger la comida que el Señor nos ofrece. El contraste entre alimento que perece y alimento que perdura para la vida eterna, es típico de Juan. El Hijo del Hombre dará el alimento que no perece.

Jesús, pan bajado del cielo (28-40). Creer en Jesucristo es el único trabajo que es preciso hacer.

La «obra de Dios» es una expresión densa; significa al mismo tiempo que la obra querida por Dios es la fe, y que la fe es un don y obra de Dios. Jesús se identifica con el pan de vida, que da activamente la vida y produce consecuencias eternas, que trasciende las posibilidades humanas. Pero toda esta transformación requiere por parte del ser humano una condición previa, la fe. Para tener la vida divina es preciso creer en Jesús.

Jesús, pan de vida (41-51). Los «judíos murmuraban». Esto recuerda la actitud del pueblo en el tiempo del Éxodo (Éx 16,2; Nm 14,27). Los judíos murmuran porque Jesús se presenta como el pan bajado del cielo, siendo así que es hijo de José, su padre y su madre son conocidos. Jesús exhorta a no continuar murmurando (imperativo de presente), exige una fe incondicional que supere los cálculos cerrados, y afirma con una formulación exclusiva: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió» (44). La fe no depende de la iniciativa humana ni de sus méritos; es ante todo una atracción interior que el Padre suscita. No se trata de un determinismo o predestinación arbitraria, sino más bien de la constatación de la iniciativa divina.

La carne y la sangre de Jesús, alimento y bebida de salvación (52-59). El versículo 55 es central, acentúa el realismo de la eucaristía. La carne y la sangre del Hijo del Hombre son verdadera comida y verdadera bebida. Pueden perfectamente cumplir la función de saciar el hambre y la sed de las que Jesús hablaba en 6,35b.

Gracias a la eucaristía el creyente se encuentra unido a Jesucristo (56); se trata de una compenetración recíproca, de una permanencia mutua. La misma vida divina que va del Padre al Hijo pasa al creyente que comulga (57).

Se ha visto en esto una síntesis de todo el cuarto evangelio y del discurso eucarístico. Jesús es Hijo, el discípulo llega a ser hijo de Dios por su unión con el Hijo. Comiendo la carne gloriosa de Jesús, pan de vida, el creyente recibe con sobreabundancia la vida divina. Esta comunicación de vida participada acontece en un contexto de misión. No se trata de una vida que se confina, sino que debe comunicarse a los demás, siguiendo el mismo impulso dinámico del Hijo, el enviado del Padre, que vino al mundo para dar vida.

Consecuencias del discurso (60-66). La enseñanza de Jesús resulta dura, y muchos de sus discípulos lo abandonan. El misterio eucarístico remite a otro más amplio: el misterio del Hijo del Hombre; pero este misterio da, al mismo tiempo, la clave de interpretación de todo el relato, y pretende disipar el malentendido de los judíos y de los discípulos respecto al comer la carne del Hijo del Hombre. ¡No se trata, en modo alguno, de canibalismo! Jesús responde remitiéndose a su subida al cielo, a su condición de resucitado de la muerte, es decir, a su carne que ya no es ni frágil ni corruptible, sino gloriosa y llena de Espíritu. La carne de Jesucristo puede comunicar vida, porque ha sido investida del Espíritu vivificante (1 Cor 15,45-49), de la misma vida de Dios.

Sin la ayuda del Espíritu, sin el don de la fe, toda la vida de Jesús se convierte en un permanente escándalo. Sus palabras de revelación en un continuo e impenetrable velo de incompreensión.

Confesión de Pedro (67-71). Ante al abandono de muchos de sus discípulos (66), Jesús toma la iniciativa; interpela a los Doce, no para estar seguro de su fe —que ya la conocía—, sino para provocar una confesión decidida; Jesús quiere una fe en libertad. La escena recuerda la confesión de Cesarea. Jesús pregunta: «¿Ustedes, también quieren marcharse?».

Las expresiones en plural que utiliza Pedro indican que éste habla en nombre de los Doce y en representación de la Iglesia apostólica, cuya fe cristológica y eucarística tanto inculca Juan en su evangelio (17,3; 20,31).

Jesús, en lugar de felicitar a Pedro —como acontece en Mateo—, recuerda la traición de Judas. Y así el relato acaba de forma dramática, se cierne sobre Jesús la sombra de la traición, que será narrada durante la última cena (13,2).

ellos. ²³Desde Tiberíades llegaron otras barcas y atracaron cerca del lugar donde el Señor dio gracias y ellos comieron el pan. ²⁴Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron en los botes y se dirigieron a Cafarnaún en busca de Jesús. ²⁵Lo encontraron a la otra orilla del lago y le preguntaron:

—Maestro, ¿cuándo llegaste aquí?

²⁶Jesús les respondió:

—Les aseguro que no me buscan por las señales que han visto, sino porque se han hartado de pan. ²⁷Trabajen no por un alimento que perece, sino por un alimento que dura y da vida eterna; el que les dará el Hijo del Hombre. En él Dios Padre ha puesto su sello.

Jesús, pan bajado del cielo

²⁸Le preguntaron:

—¿Qué tenemos que hacer para trabajar en las obras de Dios?

²⁹Jesús les contestó:

—La obra de Dios consiste en que ustedes crean en aquel que él envió.

³⁰Le dijeron:

—¿Qué señal haces para que veamos y creamos? ¿En qué trabajas? ³¹Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito:

Les dio a comer pan del cielo.

³²Les respondió Jesús:

—Les aseguro, no fue Moisés quien les dio pan del cielo; es mi Padre quien les da el verdadero pan del cielo. ³³El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo.

³⁴Le dijeron:

—Señor, danos siempre de ese pan.

³⁵Jesús les contestó:

—Yo soy el pan de la vida: el que viene a mí no pasará hambre, el que cree en mí no pasará nunca sed. ³⁶Pero ya les he dicho: ustedes [me] han visto y sin embargo no creen. ³⁷Los que el Padre me ha confiado vendrán a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera; ³⁸porque no bajé del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. ³⁹Y ésta es la voluntad del que me envió, que no pierda a ninguno de los que me confió, sino que los resucite [en] el último día. ⁴⁰Porque ésta es la voluntad de mi Padre, que todo el que contempla al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré [en] el último día.

Jesús, pan de vida

⁴¹Los judíos murmuraban porque había dicho que era el pan bajado del cielo; ⁴²y decían:

—¿No es éste Jesús, el hijo de José? Nosotros conocemos a su padre y a su madre. ¿Cómo dice que ha bajado del cielo?

⁴³Jesús les dijo:

—No murmuren entre ustedes. ⁴⁴Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió; y yo lo resucitaré el último día. ⁴⁵Los profetas han escrito que *todos serán discípulos de Dios*. Quien escucha al Padre y aprende vendrá a mí. ⁴⁶No es que alguien haya visto al Padre, sino el que está junto al Padre; ése ha visto al Padre. ⁴⁷Les aseguro que quien cree tiene vida eterna. ⁴⁸Yo soy el pan de la vida. ⁴⁹Sus padres comieron el maná en el desierto y murieron. ⁵⁰Este es el pan que baja del cielo, para que quien coma de él no muera. ⁵¹Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá siempre. El pan que yo doy para la vida del mundo es mi carne.

La carne y la sangre de Jesús, alimento y bebida de salvación

(cfr. Mt 26,26-29; Mc 14,22-25; Lc 22,14-20; 1 Cor 11,23-25)

⁵²Los judíos se pusieron a discutir:

—¿Cómo puede éste darnos de comer [su] carne?

⁵³Les contestó Jesús:

—Les aseguro que si no comen la carne y beben la sangre del Hijo del Hombre, no tendrán vida en ustedes. ⁵⁴Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día. ⁵⁵Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. ⁵⁶Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. ⁵⁷Como el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá por mí. ⁵⁸Este es el pan bajado del cielo y no es como el que comieron sus padres, y murieron. Quien come este pan vivirá siempre.

⁵⁹Esto dijo enseñando en la sinagoga de Cafarnaún.

Consecuencias del discurso

⁶⁰Muchos de los discípulos que lo oyeron comentaban:

—Este discurso es bien duro: ¿quién podrá escucharlo?

⁶¹Jesús, conociendo por dentro que los discípulos murmuraban, les dijo:
—¿Esto los escandaliza? ⁶²¿Qué será cuando vean al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes? ⁶³El Espíritu es el que da vida, la carne no vale nada. Las palabras que les he dicho son espíritu y vida. ⁶⁴Pero hay algunos de ustedes que no creen. Desde el comienzo sabía Jesús quiénes no creían y quién lo iba a traicionar. ⁶⁵Y añadió:
—Por eso les he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede.

Confesión de Pedro

(cfr. Mt 16,13-20; Mc 8,27-30; Lc 9,18-21)

⁶⁶Desde entonces muchos de sus discípulos lo abandonaron y ya no andaban con él.

⁶⁷Así que Jesús dijo a los Doce:

—¿También ustedes quieren abandonarme?

⁶⁸Simón Pedro le contestó:

—Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. ⁶⁹Nosotros hemos creído y reconocemos que tú eres el Consagrado de Dios.

⁷⁰Jesús les respondió:

—¿No soy yo, acaso, el que los eligió a ustedes, los Doce? Sin embargo uno de ustedes es un diablo. ⁷¹Lo decía por Judas Iscariote, uno de los Doce, que lo iba a entregar.

Jesús, luz y vida del mundo

Incredulidad y rechazo hacia Jesús¹⁸

¹⁸ **7,1–8,59 Jesús, luz y vida del mundo.** Los capítulos 7s deben leerse juntos debido a tres unidades que los engarzan: unidad de tiempo (la fiesta de las Chozas), de lugar (el templo) y de acción (Jesús enseña).

Resulta evidente que existe una progresión temática. La pregunta fundamental versa sobre la identidad de Jesús, formulada por sus hermanos: «Date a conocer al mundo» (7,4) y por los judíos: «¿Tú quién eres?» (8,25). La enseñanza de Jesús va revelando paulatinamente su identidad hasta culminar en el absoluto: «Yo soy» de 8,58. Pero el personaje principal sigue siendo Dios, a quien Jesús designa en el capítulo 7 como «aquel que me envió» (7,16.18. 28.29.33; 8,16.18.26.42), y luego en el capítulo 8, con frecuencia: «el Padre» (8,16.18.19. 27.28.38.42.49.54).

Incredulidad y rechazo hacia Jesús (7,1-24). Jesús ha subido ya dos veces a Jerusalén (2,13; 5,1), pero estas dos visitas acabaron con sendas amenazas contra Él (4,1-3; 5,16-18). De ahí la indicación explícita del evangelista de que Jesús no quería recorrer Judea (1).

La actividad de Jesús genera todo tipo de reacciones: sus parientes no creen en Él (5); para algunos era un hombre bueno, para otros un mentiroso (12). Pero Jesús fundamenta su actividad en la misión que ha recibido del Padre (16).

Jesús y el Mesías (7,25-31). Esta escena con los habitantes de Jerusalén es un diálogo entre dos interlocutores que no se entienden. Los jerosolimitanos se hacen toda clase de cábalas. Andan inquietos, envueltos en la duda respecto a Jesús. Jesús, por su parte, les echa en cara su ignorancia respecto al Padre y a Él mismo.

El problema aquí suscitado sobre la expectación mesiánica y la legitimidad de Jesús, históricos en su tiempo, sólo se explica plenamente teniendo en cuenta las discusiones posteriores entre judíos y cristianos.

La verdadera libertad (7,32-36). La verdad en el cuarto evangelio posee una absoluta concentración en Jesús, Hijo de Dios; no se trata de principios, ni de doctrinas. Jesús mismo es la verdad (14,6).

«La verdad los hará libres», es una de las magníficas formulaciones del evangelista que todavía no han perdido nada de su esplendor; pero comparte también el destino de otras grandes sentencias que han sido falseadas y mal interpretadas. La libertad es la fuerza de la vida, que redime al ser humano, existencialmente, de la opresión del pecado, de la condena y de la muerte.

Jesús, fuente de vida (7,37-39). Para valorar debidamente esta escena debemos recordar sus circunstancias más significativas. Se realiza durante la fiesta de las Chozas. El pueblo oraba con insistencia invocando la lluvia mientras los sacerdotes recogían agua de la fuente de Siloé y la transportaban al Templo. Se oficiaba el ritual de la libación del agua sobre el altar de los sacrificios en recuerdo del milagro del agua salvadora que brotó de la roca, en tiempos del desierto (Éx 17,1-7). Se proclamaba la lectura de los profetas que anunciaban con el símbolo del agua la renovación espiritual del pueblo.

En el último día, el más solemne, Jesús se pone de pie y grita ante la muchedumbre. Se presenta como la roca de la salvación a la que todo ser humano sediento debe acudir y beber. Es el Templo viviente de la Jerusalén escatológica (Ez 47,1s; Zac 14,18). Es la personificación de la Sabiduría que invita a sus oyentes a acercarse (Prov 9,5s). Pero el evangelista refiere este momento del Espíritu a la hora de su glorificación, al acontecimiento culminante de la cruz (19,34). Muriendo por amor, Jesús se convierte en fuente permanente del don del Espíritu.

Cisma dentro del pueblo (7,40-44). Esta escena presenta la reacción al grito de revelación de Jesús. De nuevo la gente se divide. Se distinguen varios grupos. Un grupo afirma que Jesús es el profeta. Otro que es el Mesías. Esta afirmación sobre la mesianidad origina una apasionada discusión. Al evangelista no le interesa la ascendencia humana ni la patria terrena del Mesías, sino su origen divino. No quiere probar la legitimidad de Jesús como Mesías con los criterios meramente humano que la gente tiene. A Jesús no se le puede juzgar por las apariencias.

Actitud de los dirigentes (7,45-53). Antes del gran debate que enfrentará a Jesús y a los fariseos en el templo (8,13-59), el evangelista muestra de forma plástica cuál es la disposición interior de éstos.

Los guardias, enviados con anterioridad (cfr. 32b), regresan sin nada, excusándose: «jamás hombre alguno habló como este hombre». Los fariseos recurren a su autoridad para acallar la admiración de esta gente. Quieren silenciar con su enorme prestigio la fe incipiente de los más pobres. Y llaman a Jesús de nuevo «engañador». Los fariseos no creen en Jesús y ahora pronuncian un juicio, que indica cuál era su auténtica consideración respecto al pueblo: son «ignorantes y malditos». Hay que ver en estas palabras el juicio patente de los fariseos respecto a los cristianos joánicos de origen judío.

Jesús y la mujer adúltera (8,1-11). Este relato no se encuentra recogido en los manuscritos más antiguos. Su análisis filológico muestra una sintonía con el evangelio de Lucas, tan favorecedor de la mujer oprimida. Se colocaría idealmente después de Lucas 21,37. Pero el pasaje es Palabra inspirada de Dios y como tal hemos de leerlo.

Los adversarios ponen a Jesús en una dura prueba: la misericordia o la justicia. Su objetivo último es acusar a Jesús como enemigo de la ley de Moisés y, por tanto, enemigo de Dios. Tampoco les importa la situación de aquella pobre mujer que iba a ser lapidada. Jesús invita a sus interlocutores –a los lectores de todos los tiempos–, a pasar de la ley que debe ser ejecutada, a la ley que debe ser interiorizada desde la propia responsabilidad. ¿De qué sirve tirar piedras si todos tenemos un techo de cristal?

Jesús, luz del mundo (8,12-20). Para Juan, Jesús –la Palabra hecha carne– era desde el principio la luz de los hombres (1,4), con su venida histórica lo es de manera única (1,9). Jesús ha venido para traer luz al mundo (3,19; 12,46), es más, Él es la luz del mundo, quien le sigue no camina en tinieblas sino que tiene la luz de la vida.

Jesús exige un compromiso personal, aquí indicado por el verbo «seguirme» (12), es decir; dejarse impregnar por la luz de Jesús, el Hijo de Dios. Como el pueblo de Dios iba tras la nube luminosa que les guiaba (Sab 18,3), así debe caminar el creyente tras la luz, dejándose transformar e iluminar por la presencia de Jesús.

Origen y meta de Jesús (8,21-30). Esta escena está bajo el doble signo del «yo me voy» y «yo soy». El primero se refiere a la pasión y glorificación, y está orientado hacia lo segundo: la presentación de la identidad divina de Jesús; el momento urge, ante Jesús se debe tomar partido: quien lo acepta tiene vida, y quien lo rechaza se autoexcluye de ella, ya está juzgado.

La verdad libera (8,31-38). Jesús invita a los que creen en Él a mantenerse fieles a su palabra. La persona libre por excelencia es el Hijo de Dios, y su libertad consiste en ser Hijo. Sólo el Hijo puede comunicar una libertad que consiste esencialmente en la filiación divina. Sólo por medio del Hijo es posible el acceso al Padre como Padre, es decir, en la libertad: ser y saberse hijos en el Hijo, hijos del Padre. Poder estar en la casa del Padre para siempre. El escavo no pertenece a la casa y puede ser expulsado (como Ismael); el hijo pertenece y se queda en casa (como Isaac).

Con su revelación, que es la verdad, Jesús viene a liberar de la esclavitud; pero tropieza con resistencia e intenciones criminales de sus paisanos que no corresponden a la descendencia de Abrahán.

Los verdaderos hijos de Dios (8,39-47). Esta escena refleja la polémica suscitada entre la Sinagoga judía y la Iglesia cristiana a finales del s. I. El tema de la descendencia de Abrahán era un tema crítico; para la comunidad cristiana ésta no se fundamentaba en el vínculo de la sangre, sino en el vínculo de la fe, es decir, en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

7¹Algún tiempo después recorría Jesús la Galilea, y no quería recorrer la Judea porque los judíos intentaban darle muerte. ²Se acercaba la fiesta judía de las Chozas, ³y sus hermanos le dijeron:

—Trasládate de aquí a Judea para que también tus discípulos vean las obras que realizas. ⁴Porque cuando uno quiere hacerse conocer no actúa a escondidas. Ya que haces tales cosas, date a conocer al mundo.

⁵Efectivamente ni sus propios parientes creían en él. ⁶Jesús les dice:

—Aún no ha llegado mi hora, mientras que para ustedes cualquier tiempo es bueno. ⁷El mundo no tiene por qué odiarlos a ustedes; a mí me odia porque le echo en cara que sus acciones son malas. ⁸Suban ustedes a la fiesta, que yo no subo a esta fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido.

⁹Después de decir esto, se quedó en Galilea.

¹⁰Cuando ya habían subido sus parientes a la fiesta, subió también él, no en público, sino a escondidas. ¹¹Durante la fiesta lo buscaban los judíos y preguntaban:

—¿Dónde está ése?

¹²Entre la multitud se murmuraba mucho de él. Unos decían que era bueno; otros que no, que engañaba a la gente. ¹³Pero nadie hablaba en público de él por miedo a los judíos.

¹⁴A mediados de la semana de la fiesta subió Jesús al templo a enseñar. ¹⁵Los judíos comentaban sorprendidos:

—¿Cómo tiene ése tal cultura si no tiene instrucción?

¹⁶Jesús les contestó:

—Mi enseñanza no es mía, sino del que me envió. ¹⁷Si uno está dispuesto a cumplir la voluntad de aquél, podrá distinguir si mi enseñanza procede de Dios o me la invento yo. ¹⁸El que habla por cuenta propia busca su gloria; pero el que busca la gloria del que lo envió, ése dice la verdad y no procede con injusticia. ¹⁹¿No fue Moisés quien les dio la ley? Pero ninguno de ustedes la cumple. ¿Por qué entonces intentan matarme?

²⁰Respondió la gente:

—Estás endemoniado, ¿quién intenta matarte?

²¹Jesús les contestó:

—Por una obra que realicé todos están maravillados. ²²Como Moisés les mandó practicar el rito de la circuncisión —no es que proceda de Moisés, sino de los patriarcas—, ustedes circuncidan al hombre aunque sea en sábado. ²³Ahora bien, si se circuncida a un hombre en sábado para no quebrantar la ley de Moisés, ¿por qué ustedes se enojan conmigo porque he sanado por completo a un hombre en sábado? ²⁴No juzguen según las apariencias, sino conforme a la justicia.

Jesús y el Mesías

²⁵Algunos de Jerusalén comentaban:

—¿No es éste el que intentaban matar? ²⁶Resulta que habla públicamente y no le dicen nada. ¿Habrán reconocido realmente las autoridades que éste es el Mesías? ²⁷Sólo que de éste sabemos de dónde viene; cuando venga el Mesías nadie sabrá de dónde viene.

²⁸Entonces Jesús, que enseñaba en el templo, exclamó:

—A mí me conocen y saben de dónde vengo. Yo no vengo por mi cuenta, sino que me envió el que dice la verdad. Ustedes no lo conocen; ²⁹yo lo conozco porque vengo de él y él me envió.

³⁰Intentaron detenerlo, pero nadie puso las manos sobre él, porque no había llegado su hora.

³¹Muchos de la gente creyeron en él, y decían:

—Cuando venga el Mesías, ¿hará más señales que éste?

La verdadera libertad

³²Se enteraron los fariseos de los comentarios de la gente. Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos enviaron guardias para detenerlo.

Juan da un paso más en la polémica al contraponer los predicados «hijos de Dios» e «hijos del Diablo». Ésta es quizás la crítica más dura de todo el evangelio hacia la Sinagoga judía.

Unidad de Jesús con Dios (8,48-59). Jesús echa en cara a los judíos que no conocen verdaderamente a Dios y les llama mentirosos. Jesús «conoce» a Dios; en cambio los judíos no le «conocen». Jesús es el Hijo de Dios, y, por tanto, conoce a Dios con familiaridad y comunión íntima. Y guarda su palabra.

Los judíos intentan ridiculizar la proclamación de Jesús, incluso la reducen al plano terreno de una simple cronología. Con palabras muy claras, introducidas por la fórmula de aseveración, Jesús anuncia su superioridad sobre Abrahán. Resuena el eco de Éx 3,14: «Yo soy el que soy», o «Yo soy el que estaré con ustedes». El Señor Dios quería revelar no su ser metafísico, sino su lealtad, su constante protección al pueblo (Éx 3,6.13.15s).

Jesús es la presencia de Dios; la alusión indirecta a Éx 3,14 es inadmisibles para los judíos, que interpretan la frase de Jesús como una blasfemia. Toman piedras para lapidar al blasfemo (cfr. Lv 24,16). Pero Jesús se oculta y sale del templo. Ya no les va a conceder ningún otro discurso de revelación, les niega su presencia (12,36b).

³³Pero Jesús dijo:

—Poco tiempo estaré aún con ustedes; después volveré al que me envió. ³⁴Me buscarán y no me encontrarán, porque donde yo voy, ustedes no podrán ir.

³⁵Los judíos comentaban entre sí:

—¿Dónde piensa ir éste para que no lo encontremos? ¿Pensará ir a reunirse con los judíos dispersos entre los paganos, para ir a enseñarles? ³⁶¿Qué significa esa frase: Me buscarán y no [me] encontrarán, porque donde yo voy, ustedes no podrán ir?

Jesús, fuente de vida

³⁷El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús se puso de pie y exclamó:

—Quien tenga sed venga a mí; y beba ³⁸quien crea en mí. Así dice la Escritura: De sus entrañas brotarán ríos de agua viva. ³⁹Se refería al Espíritu que debían recibir los que creyeran en él. El Espíritu todavía no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado.

Cisma dentro del pueblo

⁴⁰Algunos de la gente, al oír estas palabras, decían:

—Éste es realmente el profeta.

⁴¹Otros decían:

—Éste es el Mesías.

Otros preguntaban:

—¿Acaso el Mesías vendrá de Galilea? ⁴²¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá de la descendencia de David y de Belén, el pueblo de David?

⁴³La gente estaba dividida a causa de él. ⁴⁴Algunos intentaban arrestarlo, pero nadie se atrevió a hacerlo.

Actitud de los dirigentes

⁴⁵Cuando los guardias volvieron, los sumos sacerdotes y los fariseos les preguntaron:

—¿Por qué no lo han traído?

⁴⁶Ellos contestaron:

—Jamás hombre alguno habló como habla este hombre.

⁴⁷Replicaron los fariseos:

—¿También ustedes se han dejado engañar? ⁴⁸¿Quién de los jefes o de los fariseos ha creído en él? ⁴⁹Sólo esa maldita gente, que no conoce la ley.

⁵⁰Nicodemo, uno de ellos, que había acudido a Jesús en otra ocasión, les dijo:

⁵¹—¿Acaso nuestra ley condena a alguien sin haberlo escuchado antes para saber lo que hizo?

⁵²Le contestaron:

—¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas.

⁵³[[Y cada uno se marchó por su lado.

Jesús y la mujer adúltera

8 ¹Jesús se dirigió al monte de los Olivos. ²Por la mañana volvió al templo. Todo el mundo acudía a él y, sentado, los instruía. ³Los letrados y fariseos le presentaron una mujer sorprendida en adulterio, la colocaron en el centro, ⁴y le dijeron:

—Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio. ⁵La ley de Moisés ordena que mujeres como ésta sean apedreadas; tú, ¿qué dices?

⁶Decían esto para ponerlo a prueba, para tener de qué acusarlo. Jesús se agachó y con el dedo se puso a escribir en el suelo. ⁷Como insistían en sus preguntas, se incorporó y les dijo:

—El que no tenga pecado, tire la primera piedra.

⁸De nuevo se agachó y seguía escribiendo en el suelo. ⁹Los oyentes se fueron retirando uno a uno, empezando por los más ancianos hasta el último. Jesús quedó solo con la mujer, que permanecía allí en el centro. ¹⁰Jesús se incorporó y le dijo:

—Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?

¹¹Ella contestó:

—Nadie, señor.

Jesús le dijo:

—Tampoco yo te condeno. Ve y en adelante no peques más.]]

Jesús, luz del mundo

¹²De nuevo les habló Jesús:

—Yo soy la luz del mundo, quien me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

¹³Le dijeron los fariseos:

—Tú das testimonio a tu favor: tu testimonio no es válido.

¹⁴Jesús les contestó:

—Aunque doy testimonio a mi favor, mi testimonio es válido, porque sé de dónde vengo y adónde voy; en cambio ustedes no saben de dónde vengo ni a dónde voy. ¹⁵Ustedes juzgan según criterios humanos, yo no juzgo a nadie. ¹⁶Y si juzgase, mi juicio sería válido, porque no juzgo yo solo, sino con el Padre que me envió. ¹⁷Y en la ley de ustedes está escrito que el testimonio de dos personas es válido. ¹⁸Yo soy testigo en mi causa y es testigo también el Padre que me envió.

¹⁹Le preguntaron:

—¿Dónde está tu padre?

Jesús contestó:

—Ustedes no me conocen ni a mí ni a mi Padre. Si me conocieran a mí, conocerían a mi Padre.

²⁰Estas palabras las pronunció junto al lugar del tesoro, cuando enseñaba en el templo. Nadie lo detuvo, porque no había llegado su hora.

Origen y meta de Jesús

²¹En otra ocasión les dijo:

—Yo me voy, ustedes me buscarán y morirán en su pecado. A donde yo voy ustedes no pueden venir.

²²Comentaron los judíos:

—¿Será que se piensa matar y por eso dice que no podemos ir a donde él va?

²³Les dijo:

—Ustedes son de aquí abajo, yo soy de lo alto; ustedes son de este mundo, yo no soy de este mundo. ²⁴Yo les dije que morirían por sus pecados. Si no creen que Yo soy, morirán por sus pecados.

²⁵Le preguntaron:

—¿Tú quién eres?

Jesús les contestó:

—Esto es lo que les estoy diciendo desde el principio. ²⁶Tengo mucho que decir y juzgar de ustedes. Pero el que me envió dice la verdad, y lo que escuché de él es lo que digo al mundo.

²⁷No comprendieron que se refería al Padre. ²⁸Jesús añadió:

—Cuando hayan levantado al Hijo del Hombre, comprenderán que Yo soy y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como mi Padre me enseñó. ²⁹El que me envió está conmigo y no me deja solo, porque yo hago siempre lo que le agrada.

³⁰Por estas palabras muchos creyeron en él.

La verdad libera

³¹A los judíos que habían creído en él Jesús les dijo:

—Si se mantienen fieles a mi palabra, serán realmente discípulos míos, ³²conocerán la verdad y la verdad los hará libres.

³³Le contestaron:

—Somos descendientes de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Por qué dices que seremos libres?

³⁴Jesús les contestó:

—Les aseguro que quien peca es esclavo; ³⁵y el esclavo no permanece siempre en la casa, mientras que el hijo permanece siempre. ³⁶Por tanto, si el Hijo les da la libertad, serán realmente libres. ³⁷Yo sé que ustedes son descendientes de Abrahán; pero tratan de matarme porque no aceptan mi palabra. ³⁸Yo digo lo que he visto junto a mi Padre; ustedes hacen lo que han oído a su padre.

Los verdaderos hijos de Dios

³⁹Le contestaron:

—Nuestro padre es Abrahán.

Replicó Jesús:

—Si fueran hijos de Abrahán, harían las obras de Abrahán. ⁴⁰Pero ahora intentan matarme a mí, al hombre que les dice la verdad que ha oído de Dios. Eso no lo hacía Abrahán. ⁴¹Pero ustedes obran como su padre.

[Entonces] le responden:

—Nosotros no somos hijos bastardos; tenemos un solo padre, que es Dios.

⁴²Jesús les replicó:

—Si Dios fuera su padre, ustedes me amarían, porque yo vine de parte de Dios y aquí estoy. No vine por mi cuenta, sino que él me envió. ⁴³¿Por qué no entienden mi lenguaje? Porque no son capaces de escuchar mi palabra. ⁴⁴El padre de ustedes es el Diablo y ustedes quieren cumplir los deseos de su padre. Él era homicida desde el principio; no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando dice mentiras, habla su lenguaje, porque es mentiroso y padre de la mentira. ⁴⁵Pero a mí no me creen, porque les digo la verdad. ⁴⁶¿Quién de ustedes probará que tengo pecado? Si les digo la verdad, ¿por qué no me creen? ⁴⁷El que viene de Dios escucha las palabras de Dios. Por eso ustedes no escuchan, porque no son de Dios.

Unidad de Jesús con Dios

⁴⁸Le contestaron los judíos:

—¿No tenemos razón al decir que eres samaritano y estás endemoniado?

⁴⁹Jesús contestó:

—No estoy endemoniado, sino que honro a mi Padre y ustedes me deshonran a mí. ⁵⁰Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga. ⁵¹Les aseguro que quien cumpla mi palabra no sufrirá jamás la muerte.

⁵²[Entonces] le dijeron los judíos:

—Ahora sí estamos seguros de que estás endemoniado. Abrahán murió, lo mismo los profetas, y tú dices que quien cumpla tu palabra no sufrirá jamás la muerte. ⁵³¿Por quién te tienes?

⁵⁴Contestó Jesús:

—Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada; es mi Padre quien me glorifica, el mismo que ustedes llaman nuestro Dios, ⁵⁵aunque no lo conocen. Yo en cambio lo conozco. Si dijera que no lo conozco, sería mentiroso como ustedes. Pero lo conozco y cumplo su palabra.

⁵⁶Abrahán, el padre de ustedes disfrutaba esperando ver mi día: lo vio y se llenó de alegría.

⁵⁷Le replicaron los judíos:

—No has cumplido cincuenta años, ¿y has conocido a Abrahán?

⁵⁸Jesús les dijo:

—Les aseguro, antes de que existiera Abrahán, existo yo.

⁵⁹Recogieron piedras para apedrearlo; pero Jesús se escondió y salió del templo.

Sana a un ciego de nacimiento

9 ¹Al pasar vio un hombre ciego de nacimiento. ²Los discípulos le preguntaron:

—Maestro, ¿quién pecó para que naciera ciego? ¿Él o sus padres?

³Jesús contestó:

—Ni él pecó ni sus padres; ha sucedido así para que se muestre en él la obra de Dios.

⁴Mientras es de día, tienen que trabajar en las obras del que me envió. Llegará la noche, cuando nadie puede trabajar. ⁵Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo.

⁶Dicho esto, escupió en el suelo, hizo barro con la saliva, se lo puso en los ojos ⁷y le dijo:

—Ve a lavarte a la piscina de *Siloé*—que significa enviado—.

Fue, se lavó y al regresar ya veía. ⁸Los vecinos y los que antes lo habían visto pidiendo limosna comentaban:

—¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?

⁹Unos decían:

—Es él.

Otros decían:

—No es, sino que se le parece.

Él respondía:

—Soy yo.

¹⁰Así que le preguntaron:

—¿Cómo [pues] se te abrieron los ojos?

¹¹Contestó:

—Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, lo puso sobre mis ojos y me dijo que fuera a lavarme a la fuente de *Siloé*. Fui, me lavé y recobré la vista.

¹²Le preguntaron:

—¿Dónde está él?

Responde:

—No sé.

¹³Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. ¹⁴Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. ¹⁵Los fariseos le preguntaron otra vez cómo había recobrado la vista.

Les respondió:

—Me aplicó barro a los ojos, me lavé, y ahora veo.

¹⁶Algunos fariseos le dijeron:

—Ese hombre no viene de parte de Dios, porque no observa el sábado.

Otros decían:

—¿Cómo puede un pecador hacer tales milagros?

Y estaban divididos. ¹⁷Preguntaron de nuevo al ciego:

—Y tú, ¿qué dices del que te abrió los ojos?

Contestó:

—Que es profeta.

¹⁸Los judíos no terminaban de creer que había sido ciego y había recobrado la vista; así que llamaron a los padres del que había recobrado la vista ¹⁹y les preguntaron:

—¿Es éste su hijo, el que ustedes dicen que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?

²⁰Contestaron sus padres:

—Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego; ²¹pero cómo es que ahora ve, no lo sabemos; quién le abrió los ojos, no lo sabemos. Pregúntenle a él, que es mayor de edad y puede dar razón de sí.

²²Sus padres dijeron esto por temor a los judíos; porque los judíos ya habían decidido que quien lo confesara como Mesías sería expulsado de la sinagoga. ²³Por eso dijeron los padres que tenía edad y que le preguntaran a él. ²⁴Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron:

—Da gloria a Dios. A nosotros nos consta que aquél es un pecador.

²⁵Les contestó:

—Si es pecador, no lo sé; de una cosa estoy seguro, que yo era ciego y ahora veo.

²⁶Le preguntaron de nuevo:

—¿Cómo te abrió los ojos?

²⁷Les contestó:

—Ya se lo dije y no me creyeron; ¿para qué quieren oírlo de nuevo? ¿No será que también ustedes quieren hacerse discípulos suyos?

²⁸Lo insultaron diciendo:

—¡Tú serás discípulo de ese hombre nosotros somos discípulos de Moisés! ²⁹Sabemos que Dios le habló a Moisés; en cuanto a ése, no sabemos de dónde viene.

³⁰Les respondió:

—Eso es lo extraño, que ustedes no saben de dónde viene y a mí me abrió los ojos. ³¹Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino que escucha al que es piadoso y cumple su voluntad.

³²Jamás se oyó contar que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. ³³Si ese hombre no viniera de parte de Dios, no podría hacer nada.

³⁴Le contestaron:

—Tú naciste lleno de pecado, ¿y quieres darnos lecciones?

Y lo expulsaron.

³⁵Oyó Jesús que lo habían expulsado y, cuando lo encontró, le dijo:

—¿Crees en el Hijo del Hombre?

³⁶Contestó:

—¿Quién es, Señor, para que crea en él?

³⁷Jesús le dijo:

—Lo has visto: es el que está hablando contigo.

³⁸Respondió:

—Creo, Señor.

Y se postró ante él.

³⁹Jesús dijo:

—He venido a este mundo para un juicio, para que los ciegos vean y los que vean queden ciegos.

⁴⁰Algunos fariseos que se encontraban con él preguntaron:

—Y nosotros, ¿estamos ciegos?

⁴¹Les respondió Jesús:

—Si estuvieran ciegos, no tendrían pecado; pero, como dicen que ven, su pecado permanece.

El buen pastor

10 ¹Les aseguro: el que no entra por la puerta al corral de las ovejas, sino saltando por otra parte, es un ladrón y asaltante. ²El que entra por la puerta es el pastor del rebaño. ³El cuidador le abre, las ovejas oyen su voz, él llama a las suyas por su nombre y las saca. ⁴Cuando ha sacado a todas las suyas, camina delante de ellas y ellas le siguen; porque reconocen su voz. ⁵A un extraño no le siguen, sino que escapan de él, porque no reconocen la voz de los extraños.

⁶Ésta es la parábola que Jesús les propuso, pero ellos no entendieron a qué se refería.
⁷Entonces, les habló otra vez:

—Les aseguro que yo soy la puerta del rebaño. ⁸Todos los que vinieron [antes de mí] eran ladrones y asaltantes; pero las ovejas no los escucharon. ⁹Yo soy la puerta: quien entra por mí se salvará; podrá entrar y salir y encontrar pastos. ¹⁰El ladrón no viene más que a robar, matar y destrozar. Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia. ¹¹Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. ¹²El asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, cuando ve venir al lobo, escapa abandonando las ovejas, y el lobo las arrebató y dispersa. ¹³Como es asalariado no le importan las ovejas. ¹⁴Yo soy el buen pastor: conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, ¹⁵como el Padre me conoce y yo conozco al Padre; y doy la vida por las ovejas. ¹⁶Tengo otras ovejas que no pertenecen a este corral; a éstas tengo que guiarlas para que escuchen mi voz y se forme un solo rebaño con un solo pastor. ¹⁷Por eso me ama el Padre, porque doy la vida, para después recobrarla. ¹⁸Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y para después recobrarla. Éste es el encargo que he recibido del Padre.

¹⁹Estas palabras provocaron una nueva división entre los judíos. ²⁰Muchos decían:

—Está endemoniado y loco, ¿por qué lo escuchan?

²¹Otros decían:

—Esas palabras no son de un endemoniado. ¿Puede un endemoniado abrir los ojos a los ciegos?

En la fiesta de la Dedicación

²²Se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación y era invierno. ²³Jesús paseaba en el templo, en el pórtico de Salomón.

²⁴Lo rodearon los judíos y le preguntaron:

—¿Hasta cuándo nos tendrás en suspenso? Si eres el Mesías, dilo claramente.

²⁵Jesús les contestó:

—Ya se lo dije y no creen. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí. ²⁶Pero ustedes no creen porque no son de mis ovejas. ²⁷Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen; ²⁸yo les doy vida eterna y jamás perecerán, y nadie las arrancará de mi mano. ²⁹Mi Padre que me las ha dado es más que todos y nadie puede arrancar nada de las manos de mi Padre. ³⁰El Padre y yo somos uno.

³¹Los judíos tomaron piedras para apedrearlo.

³²Jesús les dijo:

—Por encargo del Padre les hice ver muchas obras buenas: ¿por cuál de ellas me apedrean?

³³Le contestaron los judíos:

—Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque siendo hombre te haces Dios.

³⁴Jesús les contestó:

—¿No está escrito en la ley de ustedes: *Yo les digo: son dioses*? ³⁵Si la ley llama dioses a aquéllos a quienes se dirigió la Palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar, ³⁶¿cómo dicen: Tú blasfemas al que el Padre consagró y envió al mundo, porque dijo que es Hijo de Dios? ³⁷Si no hago las obras de mi Padre, no me crean. ³⁸Pero si las hago, crean en las obras aunque no me crean a mí, así reconocerán y sabrán que el Padre está en mí y yo en el Padre.

³⁹[Entonces] intentaron arrestarlo de nuevo, pero él se les escapó de las manos. ⁴⁰Pasó de nuevo a la otra orilla del Jordán, donde Juan bautizaba en otro tiempo, y se quedó allí.

⁴¹Acudieron muchos a él y decían:

—Aunque Juan no hizo señal alguna, todo lo que dijo de éste era verdad.

⁴²Y allí, muchos creyeron en él.

Resucita a Lázaro¹⁹

11 ¹Había un enfermo llamado Lázaro, de Betania, el pueblo de María y su hermana Marta. ²María era la que había ungido al Señor con perfumes y le había secado los pies con sus cabellos. Su hermano Lázaro estaba enfermo. ³Las hermanas le enviaron un mensaje:

—Señor, tu amigo está enfermo.

⁴Al oírlo, Jesús comentó:

—Esta enfermedad no ha de terminar en la muerte; es para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

⁵Jesús era amigo de Marta, de su hermana y de Lázaro. ⁶Sin embargo cuando oyó que estaba enfermo, prolongó su estadía dos días en el lugar. ⁷Después dice a los discípulos:

—Vamos a volver a Judea.

⁸Le dicen los discípulos:

—Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y quieres volver allá?

⁹Jesús les contestó:

—¿No tiene el día doce horas? Quien camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; ¹⁰quien camina de noche tropieza, porque no tiene luz.

¹¹Dicho esto, añadió:

—Nuestro amigo Lázaro está dormido; voy a despertarlo.

¹²Contestaron los discípulos:

—Señor, si está dormido, sanará.

¹³Pero Jesús se refería a su muerte, mientras que ellos creyeron que se refería al sueño.

¹⁴Entonces Jesús les dijo abiertamente:

—Lázaro ha muerto. ¹⁵Y me alegro por ustedes de no haber estado allí, para que crean. Vayamos a verlo.

¹⁶Tomás —que significa mellizo— dijo a los demás discípulos:

—Vamos también nosotros a morir con él.

¹⁷Cuando Jesús llegó, encontró que llevaba cuatro días en el sepulcro. ¹⁸Betania queda cerca de Jerusalén, a unos tres kilómetros. ¹⁹Muchos judíos habían ido a visitar a Marta y María para darles el pésame por la muerte de su hermano. ²⁰Cuando Marta oyó que Jesús llegaba, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. ²¹Marta dijo a Jesús:

—Si hubieras estado aquí, Señor, mi hermano no habría muerto. ²²Pero yo sé que lo que pidas, Dios te lo concederá.

²³Le dice Jesús:

—Tu hermano resucitará.

²⁴Le dice Marta:

—Sé que resucitará en la resurrección del último día.

²⁵Jesús le contestó:

—Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aunque muera, vivirá; ²⁶y quien vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Lo crees?

²⁷Le contestó:

—Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que había de venir al mundo.

¹⁹ **11,1-57 Resucita a Lázaro.** Este capítulo constituye un episodio completo, su contenido es la resurrección y la vida hechas realidad por Jesús. Dentro de la estructura narrativa del evangelio adquiere un valor capital porque va a significar el desencadenante de la muerte de Jesús. Posee también un tenso suspense debido a la labor teológica de Juan: es el séptimo y último signo de Jesús. Por eso lo ha dotado de excepcional belleza y atracción. El evangelista no sólo ha querido contar un milagro, sino también confirmar la palabra reveladora de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida».

En la intención del evangelista, la resurrección de Lázaro se relaciona directamente con Jesucristo, dador de vida. El don de la vida se presenta aquí como victoria sobre la muerte. Jesús venció a la muerte muriendo. Éste es el sentido del diálogo entre el Maestro y sus discípulos (7-16).

Al llegar a Betania, Jesús encuentra a Lázaro ya muerto de cuatro días en el sepulcro (17), es decir, públicamente muerto del todo.

La honda humanidad de Jesús el evangelista lo refleja en su llanto por Lázaro (35); sus lágrimas expresan el dolor ante la muerte de una persona amiga, son lágrimas de Dios ante la muerte que separa a los seres queridos.

Jesús se dirige al sepulcro para enfrentarse con la muerte y vencerla. El milagro se narra brevemente (43s). El grito de Jesús que brota de la acción de gracias al Padre no es sino el anticipo del grito con que llama a todos los que creen en Él: «Les aseguro que se acerca la hora, ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oigan vivirán» (5,25). La vida corporal que Jesús da a Lázaro es señal de la verdadera vida que concede a quien cree en Él.

Ante el prodigio surge una doble reacción: la fe y la incredulidad. La fe abre las puertas a la vida, la incredulidad la cierra.

Las autoridades religiosas deciden entonces actuar, temen que la actividad de Jesús, sus signos prodigiosos, propicie un movimiento de masas de carácter mesiánico que haga peligrar el orden establecido (47s). Temen la represalia de los romanos. Para los sumos sacerdotes y fariseos Jesús es un hombre peligroso.

Caifás con su sugerente idea (49s) no es sino un instrumento en las manos de Dios para proclamar solemnemente que Jesús muere por el pueblo, para reunir a los hijos de Dios dispersos (52). Ya no son las tribus las que se congregan (Ez 37,21-26), sino todos los «hijos de Dios», a saber, todos los que creen en Jesús.

²⁸Dicho esto, se fue, llamó en privado a su hermana María y le dijo:

—El Maestro está aquí y te llama.

²⁹Al oírlo, se levantó rápidamente y se dirigió hacia él. ³⁰Jesús no había llegado aún al pueblo, sino que estaba en el lugar donde lo encontró Marta. ³¹Los judíos que estaban con ella en la casa consolándola, al ver que María se levantaba de repente y salía, fueron detrás de ella, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. ³²Cuando María llegó a donde estaba Jesús, al verlo, cayó a sus pies y le dijo:

—Si hubieras estado aquí, Señor, mi hermano no habría muerto.

³³Jesús al ver llorar a María y también a los judíos que la acompañaban, se estremeció por dentro ³⁴y dijo muy conmovido:

—¿Dónde lo han puesto?

Le dicen:

—Ven, Señor, y lo verás.

³⁵Jesús se echó a llorar. ³⁶Los judíos comentaban:

—¡Cómo lo quería!

³⁷Pero algunos decían:

—El que abrió los ojos al ciego, ¿no pudo impedir que éste muriera?

³⁸Jesús, estremeciéndose de nuevo, se dirigió al sepulcro. Era una caverna con una piedra adelante. ³⁹Jesús dice:

—Retiren la piedra.

Le dice Marta, la hermana del difunto:

—Señor, huele mal, ya lleva cuatro días muerto.

⁴⁰Le contesta Jesús:

—¿No te dije que si crees, verás la gloria de Dios?

⁴¹Retiraron la piedra. Jesús alzó la vista al cielo y dijo:

—Te doy gracias, Padre, porque me has escuchado. ⁴²Yo sé que siempre me escuchas, pero lo he dicho por la gente que me rodea, para que crean que tú me enviaste.

⁴³Dicho esto, gritó con fuerte voz:

—Lázaro, sal afuera.

⁴⁴Salió el muerto con los pies y las manos sujetos con vendas y el rostro envuelto en un sudario.

Jesús les dijo:

—Desátenlo para que pueda caminar.

⁴⁵Muchos judíos que habían ido a visitar a María y vieron lo que hizo creyeron en él. ⁴⁶Pero algunos fueron y contaron a los fariseos lo que había hecho Jesús.

(cfr. Mt 26,1-5; Mc 14,1s; Lc 22,1s)

⁴⁷Los sumos sacerdotes y los fariseos reunieron entonces el Consejo y dijeron:

—¿Qué hacemos? Este hombre está haciendo muchos milagros. ⁴⁸Si lo dejamos seguir así, todos creerán en él, entonces vendrán los romanos y nos destruirán el santuario y la nación.

⁴⁹Uno de ellos, llamado Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo:

—No entienden nada. ⁵⁰¿No ven que es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que muera toda la nación?

⁵¹No lo dijo por cuenta propia, sino que, siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús moriría por la nación. ⁵²Y no sólo por la nación, sino para reunir en la unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos. ⁵³Así, a partir de aquel día, resolvieron darle muerte. ⁵⁴Por eso Jesús ya no andaba públicamente entre los judíos, sino que se marchó a una región próxima al desierto, a un pueblo llamado Efraín, y se quedó allí con los discípulos.

⁵⁵Se acercaba la Pascua judía y muchos subían del campo a Jerusalén para purificarse antes de la fiesta. ⁵⁶Buscaban a Jesús y, de pie en el templo, comentaban entre sí:

—¿Qué les parece? ¿Vendrá a la fiesta o no?

⁵⁷Los sumos sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes para que quien conociese su paradero lo denunciase, de modo que pudieran arrestarlo.

Unción en Betania²⁰

(cfr. Mt 26,6-13; Mc 14,3-9; Lc 7,36-50)

12¹Seis días antes de la Pascua Jesús fue a Betania, donde estaba Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. ²Le ofrecieron un banquete. Marta servía y Lázaro era uno de los comensales. ³María tomó una libra de perfume de nardo puro, muy costoso, ungió con él los pies a Jesús y se los enjugó con los cabellos. La casa se llenó del olor del perfume. ⁴Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo iba a entregar, dijo:

⁵—¿Por qué no han vendido ese perfume en trescientas monedas para repartirlas a los pobres?

⁶Lo decía no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón; y, como llevaba la bolsa, robaba de lo que ponían en ella. ⁷Jesús contestó:

—Déjala que lo guarde para el día de mi sepultura. ⁸A los pobres los tendrán siempre entre ustedes, pero a mí no siempre me tendrán.

⁹Un gran gentío de judíos supo que estaba allí y acudieron, no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. ¹⁰Los sumos sacerdotes habían decidido dar muerte también a Lázaro, ¹¹porque por su causa muchos judíos iban y creían en Jesús.

Entrada triunfal en Jerusalén²¹

(cfr. Mt 21,1-11; Mc 11,1-11; Lc 19,29-40)

¹²Al día siguiente, un gran gentío que había llegado para la fiesta, al saber que Jesús se dirigía a Jerusalén, ¹³tomaron ramas de palma y salieron a su encuentro gritando:

—*Hosana,
bendito el que viene
en nombre del Señor,
el rey de Israel!*

¹⁴Jesús encontró un burrito y montó en él. Como está escrito:

¹⁵*No temas, joven Sión:
mira que llega tu rey cabalgando
una cría de asno.*

¹⁶Esto no lo entendieron los discípulos en aquel momento. Pero, cuando Jesús fue glorificado, se acordaron de que todo lo que le había sucedido era lo que estaba escrito acerca de él.

¹⁷La gente que había asistido cuando llamó a Lázaro y lo resucitó de entre los muertos contaba el hecho. ¹⁸Por eso la gente salió a su encuentro, porque se enteraron de la señal que había realizado. ¹⁹En cambio, los fariseos comentaban entre sí:

—Ya ven que así no vamos a conseguir nada; todo el mundo se va con él.

²⁰ **12,1-11 Unción en Betania.** Asistimos a una comida y una unción. La comida significa la alegría de la resurrección; la unción está dirigida a la sepultura de Jesús.

La comida reúne a Jesús con Lázaro. El hecho de que Lázaro esté a la mesa comiendo, quiere decir que está vivo. Mientras que la principal intención de la unción no es de gratitud por el perdón de los pecados, como en Lucas 7,38, tampoco por agradecimiento – aunque no se excluye del todo– por el hermano resucitado (12,1). El gesto es totalmente sorprendente. Jesús es ungido como se unge un noble cadáver. Si en 11,53 se dice que se ha decidido ya su muerte, aquí se anuncia su sepultura.

El olor del perfume que llena toda la casa se opone al olor de muerte que impregnaba el relato anterior (la resurrección de Lázaro), es el olor de la vida que triunfa sobre la muerte.

El evangelista hace un fiel retrato de la familia de Lázaro y acentúa, en fuerte contraste, dos figuras: la espléndida generosidad de María y la rastrea actitud de Judas.

Lázaro, el discípulo, el que comparte la mesa con Jesús, va a ser perseguido a muerte por los judíos (12,10s), igual que el Maestro. La persecución se dirige no sólo al enviado de Dios, sino también a quien es testimonio vivo de su victoria.

²¹ **12,12-19 Entrada triunfal en Jerusalén.** Esta escena está descrita de manera parecida a la narración sinóptica, aunque con más brevedad y con algunas notas peculiares.

Jesús va a Jerusalén sin que se indique ningún preparativo para su recibimiento. Es el pueblo quien viene «hacia él», expresión que designa la acogida solemne hecha a un personaje importante. La multitud no porta ramos arrancados a los árboles sobre la marcha, sino palmas. En el mundo antiguo, y especialmente atestiguado en los documentos judíos, las palmas son señal de victoria (1 Mac 13,51; Ap 7,9). La multitud entona el Sal 118,25 (13). Jesucristo, muerto y resucitado, es el que simbólicamente avanza montado en un burrito y aclamado como rey por la multitud, que prelude figurativamente a toda la humanidad unida bajo su soberanía.

Los griegos y Jesús²²

²⁰Había unos griegos que habían subido para los cultos de la fiesta. ²¹Se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le pidieron:

—Señor, queremos ver a Jesús.

²²Felipe va y se lo dice a Andrés; Felipe y Andrés van y se lo dicen a Jesús.

²³Jesús les contesta:

—Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado. ²⁴Les aseguro que, si el grano de trigo caído en tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto. ²⁵El que se aferra a la vida la pierde, el que desprecia la vida en este mundo la conserva para una vida eterna. ²⁶El que quiera servirme, que me siga, y donde yo estoy estará mi servidor; si uno me sirve, lo honrará el Padre. ²⁷Ahora mi espíritu está agitado, y, ¿qué voy a decir? ¿Que mi Padre me libre de este trance? No; que para eso he llegado a este trance. ²⁸Padre, da gloria a tu Nombre.

Vino una voz del cielo:

—Lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré.

²⁹La gente que estaba escuchando decía:

—Ha sido un trueno.

Otros decían:

—Le ha hablado un ángel.

³⁰Jesús respondió:

—Esa voz no ha sonado por mí, sino por ustedes. ³¹Ahora comienza el juicio de este mundo y el príncipe de este mundo será expulsado. ³²Cuando yo sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí.

³³Lo decía indicando de qué muerte iba a morir.

³⁴La gente le contestó:

—Hemos oído en la ley que el Mesías permanecerá para siempre; ¿cómo dices tú que el Hijo del Hombre tiene que ser levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?

³⁵Jesús les dijo:

—La luz está todavía entre ustedes, pero por poco tiempo. Caminen mientras tengan luz, para que no los sorprendan las tinieblas. Quien camina a oscuras no sabe adónde va. ³⁶Mientras tengan luz, crean en la luz y serán hijos de la luz.

Así habló Jesús; después se apartó de ellos y se escondió.

²² **12,20-36 Los griegos y Jesús.** Sin que sepamos cómo ni dónde, dejando pendiente la narración de la entrada de Jesús en Jerusalén, Juan nos refiere la aparición de unos griegos, que quieren «ver» a Jesús (21). Representan las primicias de la gentilidad; son la vanguardia de la humanidad que viene a Jesús. Su venida plena a la fe acontecerá después de Pascua; pertenecen a los que creen sin haber visto (20,29). A continuación, Jesús en una serie de breves pinceladas declara con un lenguaje altamente conmovedor la significación de su muerte.

La «necesidad» de su muerte es ilustrada en la parábola del grano de trigo que cae en tierra para dar fruto (24). Está construida en perfecta antítesis: no muere/muere; queda solo/da mucho fruto. Se trata del efecto universal de la salvación que va a conseguir la muerte de Jesús (10,15-18; 11,51s).

Los versículos 27s corresponden a la oración de Getsemaní (Mt 26,36-46; Mc 14,32-42; Lc 22,40-45). Jesús acepta su misión y se abraza a la voluntad del Padre en una oración tan breve como generosa: «Padre, da gloria a tu Nombre». Esta invocación corresponde a la petición del Padre nuestro: «Santificado sea tu nombre» (Mt 6,9), mediante la cual se desea no que la humanidad glorifique a Dios, sino que Dios mismo se haga conocer en el mundo. Para Jesús la gloria del Padre se convierte en su propia gloria. Una voz del cielo confirma y sella la decisión de Jesús: «Lo he glorificado (en el ministerio de Jesús) y de nuevo lo glorificaré» (en su muerte y resurrección). Puesto que Jesús va de manera resuelta e imparables a realizar su hora, urge aprovechar el tiempo, el poco tiempo que queda.

El versículo 35 es la última sentencia de Jesús en el mundo. Se convierte en imperiosa llamada a aprovecharse de la luz antes de que sea demasiado tarde. Hay que decidirse: «Crean en la luz, para que sean hijos de la luz». La escena acaba con la proclamación: «se apartó de ellos y se escondió» (36b). Es el final del ministerio público de Jesús ante el mundo (que se ha extendido a lo largo de los doce primeros capítulos). La luz se retira; los incrédulos permanecen en tinieblas.

Fin del ministerio público de Jesús²³

³⁷A pesar de las muchas señales que había realizado en su presencia no creían en él. ³⁸Así se cumplió lo que dijo el profeta Isaías:

*Señor, ¿quién creyó nuestro anuncio?
¿A quién se reveló
el poder del Señor?*

³⁹Así que no podían creer, como dice también Isaías:

*Él ha cegado sus ojos,
y ha endurecido su mente:
para que sus ojos no vean
y su mente no entienda,
para que no se conviertan,
de modo que yo los sane.*

⁴¹Eso dijo Isaías porque vio su gloria y habló de él.

⁴²Con todo, muchos creyeron en él, aún entre los jefes; pero por miedo a los fariseos no lo decían, para que no los expulsaran de la sinagoga. ⁴³Prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios.

⁴⁴Jesús exclamó:

—El que cree en mí, en realidad no cree en mí, sino en aquel que me envió; ⁴⁵y el que me ve, ve al que me envió. ⁴⁶Yo soy la luz y he venido al mundo, para que quien crea en mí no se quede a oscuras. ⁴⁷Al que escucha mis palabras y no las cumple yo no lo juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvarlo. ⁴⁸Quien me desprecia y no acepta mis palabras tiene quien lo juzgue: la palabra que yo he dicho lo juzgará el último día. ⁴⁹Porque yo no hablé por mi cuenta; el Padre que me envió me encarga lo que debo decir y hablar. ⁵⁰Y sé que su encargo es vida eterna. Lo que digo lo digo como me lo ha dicho el Padre.

²³ **12,37-50 Fin del ministerio público de Jesús.** Jesús ya no va a hablar más en público. El evangelista antes de continuar con su relato, hace una retrospectiva sobre el rechazo con que la humanidad ha respondido al Salvador, cuando éste ha salido a su encuentro.

Actitud de asombro y sorpresa del evangelista (37-41). Jesús ha realizado tan maravillosos signos que deberían haber conducido a la gente de su pueblo a la fe. Sin embargo, la respuesta ha sido negativa: una repulsa generalizada. Tanto conmociona esto al evangelista que piensa que es algo sobrehumano, por ello y para evitar nuestro escándalo, quiere hacernos ver que ya estaba previsto en los planes de Dios: «Así estaba escrito». Hay, no obstante, algunos que han creído, pero no fueron valientes; el miedo les impidió confesar abiertamente a Jesús.

Apertura a la salvación (44-50). El evangelista no pretende acabar con una sensación de incredulidad. Reúne un buen número de palabras de Jesús, intentando abrir al lector al mensaje de la salvación. Representan la conclusión última del ministerio público. Constituye una llamada vehemente a escuchar y guardar la Palabra. Jesús es el enviado del Padre, está unido al Padre por un vínculo inefable y esencial; quien le ve a Él, ve al Padre (44s). Su venida al mundo constituye la llegada de la luz que quiere despertar la fe de los hombres y mujeres, para que no sigan en las tinieblas (46). Su palabra da vida a los que la acogen (47); juzga a quienes la rechazan (48). Jesús no habla de sí mismo; es el revelador del Padre y ha sido enviado para cumplir su mandamiento, que es dar la vida eterna (49s).

Lava los pies a los discípulos²⁴

13 ¹Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que llegaba la hora de pasar de este mundo al Padre, después de haber amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. ²Durante la cena, cuando el Diablo había sugerido a Judas Iscariote que lo entregara, ³sabiendo que todo lo había puesto el Padre en sus manos, que había salido de Dios y volvía a Dios, ⁴se levanta de la mesa, se quita el manto, y tomando una toalla, se la ató a la cintura. ⁵Después echa agua en un recipiente y se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba en la cintura. ⁶Llegó a Simón Pedro, el cual le dice:

—Señor, ¿tú me vas a lavar los pies?

⁷Jesús respondió:

—Lo que yo hago no lo entiendes ahora, más tarde lo entenderás.

⁸Replica Pedro:

—No me lavarás los pies jamás.

Le respondió Jesús:

—Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo.

⁹Le dice Simón Pedro:

—Señor, si es así, no sólo los pies, sino las manos y la cabeza.

¹⁰Le responde Jesús:

—El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque está completamente limpio. Y ustedes están limpios, aunque no todos.

¹¹Conocía al que lo iba a entregar y por eso dijo que no todos estaban limpios.

¹²Después de haberles lavado los pies, se puso el manto, volvió a la mesa y les dijo:

—¿Comprenden lo que acabo de hacer? ¹³Ustedes me llaman maestro y señor, y dicen bien.

¹⁴Pero si yo, que soy maestro y señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. ¹⁵Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes. ¹⁶Les aseguro que el sirviente no es más que su señor, ni el enviado más que el que lo envía. ¹⁷Serán felices si, sabiendo estas cosas las cumplen. ¹⁸No hablo de todos ustedes, porque sé a quiénes he elegido. Pero se ha de cumplir aquello de la Escritura:

El que compartía mi pan

se levantó contra mí.

¹⁹Se lo digo ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, crean que Yo soy. ²⁰Les aseguro: quien reciba al que yo envíe me recibe a mí, y quien me recibe a mí recibe al que me envió.

²⁴ **13,1-20 Lava los pies a los discípulos.** El cuarto evangelio ha elaborado el material tradicional previo a la pasión-resurrección con tanta novedad que se puede hablar de una «revolución narrativa de Juan». El prelude a la pasión es completamente original respecto a los sinópticos. Omite la eucaristía –quizás porque de alguna manera ésta ya fue tratada en el capítulo 6– y en su lugar presenta el gesto de Jesús de lavar los pies a los discípulos. Con esto Juan quiere hacer ver que la pasión de Jesús no es sino un servicio de amor hasta el extremo: hasta dar la vida por los suyos (1).

La importancia de entender bien este gesto nos anima a profundizar en él, destacando lo siguiente:

1. *Singularidad del gesto.* El lavatorio de los pies sólo aparece en este evangelio, y era una tarea propia de esclavos y no de personas libres. Este tipo de gesto algunas veces lo hacían los discípulos a sus maestros en señal de reverencia, pero nunca a la inversa.

2. *Narración.* El evangelista describe el lavatorio de los pies de manera solemne, a cámara lenta: Jesús se levanta de la mesa, se quita el manto, toma la toalla, echa agua en un recipiente, se pone a lavar los pies... El lavatorio es una acción simbólica o gesto profético; es algo que Jesús hace con consistencia y profundidad –como un signo– porque es el prelude de su pasión y la clave para su interpretación: «un servicio de amor hasta el extremo».

3. *Diálogo con Pedro.* Sirve para aclarar el sentido revelador del signo. Pedro con su reacción no comprende el gesto de Jesús; no ve más que la obra indigna de un esclavo. Jesús justifica la incompreensión de Pedro y remite a un entendimiento posterior (7). Lavar los pies no significa sólo un acto de humildad, sino el acto salvífico que Jesús realiza para dar vida al mundo.

4. *La comunidad cristiana.* Ella es la destinataria del mensaje. Si el lavatorio remite a la cruz, lo que pide el Señor es que el discípulo mire también a la cruz, e imite su gesto de amor entregándose en un servicio de amor hasta el extremo, hasta dar la vida por los demás.

El lavatorio de los pies es una revelación, una revolución y un reto.

Revelación: no se trata de una extraña ocurrencia, sino la suprema enseñanza: es el amor que se hace servidor y esclavo, se arrodilla ante la humanidad, dispuesto a morir en la cruz de cada día, desviéndose, dando la vida.

Revolución: no puede permitir que ninguna persona se ponga por encima, violente, oprima a otra con la injusticia. Si Dios se pone de rodillas ante el ser humano y le lava los pies, ningún ser humano –por muy señor que sea– tiene derecho a dominar a otro y despojarlo de su dignidad humana.

Reto: este ejemplo debe ser seguido por la Iglesia que por amor a Jesús debe buscar solícitamente a los más pobres y hacerse pobre con ellos.

Anuncia la traición²⁵

(cfr. Mt 26,20-25; Mc 14,17-21; Lc 22,21-23)

²¹Dicho esto, Jesús se estremeció por dentro y declaró:

—Les aseguro que uno de ustedes me entregará.

²²Los discípulos se miraban unos a otros sin saber por quién lo decía.

²³Uno de los discípulos, el más amigo de Jesús, estaba reclinado a su derecha. ²⁴Simón Pedro le hace un gesto y le dice:

—Averigua a quién se refiere.

²⁵Él se inclinó hacia el costado de Jesús y le dijo:

—Señor, ¿quién es?

²⁶Le responde Jesús:

—Aquél a quien le dé un trozo de pan remojado.

Remojó el pan, lo tomó y se lo dio a Judas el de Simón Iscariote. ²⁷Detrás del bocado Satanás entró en él. Jesús le dice:

—Lo que tienes que hacer hazlo pronto.

²⁸Ninguno de los comensales comprendió por qué lo decía. ²⁹Algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, Jesús le había encargado comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. ³⁰Y enseguida, después de recibir el bocado, Judas salió. Era de noche.

El amor fraterno²⁶

³¹Cuando salió, dijo Jesús:

—Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre y Dios ha sido glorificado por él. ³²[Si Dios ha sido glorificado por él,] también Dios lo glorificará por sí, y lo hará pronto. ³³Hijitos, todavía estaré un poco con ustedes; me buscarán y, como dije a los judíos también lo digo ahora, a donde yo voy ustedes no pueden venir. ³⁴Les doy un mandamiento nuevo, que se amen unos a otros como yo los he amado: ámense así unos a otros. ³⁵En eso conocerán todos que son mis discípulos, en el amor que se tengan unos a otros.

(cfr. Mt 26,30-35; Mc 14,26-31; Lc 22,31-34)

³⁶[Le] dice Simón Pedro:

—Señor, ¿adónde vas?

Le respondió Jesús:

—A donde yo voy no puedes seguirme por ahora, me seguirás más tarde.

³⁷Le dice Pedro:

—Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti.

³⁸Le contesta Jesús:

—¿Que darás la vida por mí? Te aseguro que antes de que cante el gallo, me negarás tres veces.

²⁵ **13,21-30 Anuncio de la traición.** Podemos resaltar cuatro aspectos de esta escena.

1. El amor aprehensivo de los verdaderos discípulos ante la denuncia de Jesús, sobre todo del «discípulo amado».

2. La acción de Satanás que actúa en el corazón del ser humano.

3. El carácter sagrado del acontecimiento. Jesús no subyace impotente bajo el golpe de la traición, ni le coge de sorpresa el plan de Satanás. Él mismo da la orden de empezar.

4. La consumación de la traición y la salida de Judas coinciden con la noche. «Era de noche» señala el evangelio, porque ya ha empezado la muerte de Jesús. Fuera del cenáculo es de noche; pero dentro, una vez constituida la verdadera comunidad de los discípulos va a brillar la luz con más fuerza que nunca.

²⁶ **13,31-38 El amor fraterno.** El amor es, ante todo, un don y revelación de Jesucristo a sus discípulos, antes que una tarea y mandato («les doy un mandamiento»). A Él le pertenece (éste es «mi» mandamiento). Es nuevo no por el tiempo —ya existía el precepto del amor fraterno en el Antiguo Testamento (Lv 19,17s)—, sino porque Jesús lo llena de novedad, por su calidad y sus características: es un amor sin medida, porque Él nos ha amado hasta el extremo de entregar su vida por nosotros.

Jesús, camino hacia el Padre²⁷

14 ¹No se inquieten. Crean en Dios y crean en mí. ²En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones; si no fuera así, se lo habría dicho, porque voy a prepararles un lugar.

³Cuando haya ido y les tenga preparado un lugar, volveré para llevarlos conmigo, para que donde yo esté, estén también ustedes. ⁴Ya conocen el camino para ir a donde [yo] voy.

⁵Le dice Tomás:

—Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos conocer el camino?

⁶Le dice Jesús:

—Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie va al Padre si no es por mí.

⁷Si me conocieran a mí, conocerían también al Padre.

En realidad, ya lo conocen y lo han visto.

⁸Le dice Felipe:

—Señor, enséñanos al Padre y nos basta.

⁹Le responde Jesús:

—Felipe, hace tanto tiempo que estoy con ustedes ¿y todavía no me conocen? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre: ¿cómo pides que te enseñe al Padre? ¹⁰¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo les digo no las digo por mi cuenta; el Padre que está en mí es el que hace las obras. ¹¹Créanme que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí; si no, créanlo por las mismas obras. ¹²Les aseguro: quien cree en mí hará las obras que yo hago, e incluso otras mayores, porque yo voy al Padre; ¹³y yo haré todo lo que pidan en mi nombre, para que por el Hijo se manifieste la gloria del Padre. ¹⁴Si ustedes piden algo en mi nombre, yo lo haré.

¹⁵Si me aman, cumplirán mis mandamientos; ¹⁶y yo pediré al Padre que les envíe otro Defensor que esté siempre con ustedes: ¹⁷el Espíritu de la verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Ustedes lo conocen, porque él permanece con ustedes y estará en ustedes. ¹⁸No los dejo huérfanos, volveré a visitarlos. ¹⁹Dentro de poco el mundo ya no me verá; ustedes, en cambio, me verán, porque yo vivo y ustedes vivirán. ²⁰Aquel día comprenderán que yo estoy en el Padre y ustedes en mí y yo en ustedes. ²¹Quien recibe y cumple mis mandamientos, ése sí que me ama. Y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él.

²²Le dice Judas —no el Iscariote—:

—Señor, ¿por qué te vas a manifestar a nosotros y no al mundo?

²³Jesús le contestó:

—Si alguien me ama cumplirá mi palabra, mi Padre lo amará, vendremos a él y habitaremos en él. ²⁴Quien no me ama no cumple mis palabras, y la palabra que ustedes oyeron no es mía, sino del Padre que me envió. ²⁵Les he dicho esto mientras estoy con ustedes. ²⁶El Defensor, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todo lo que [yo] les he dicho. ²⁷La paz les dejo, les doy mi paz, y no como la da el mundo. No se inquieten ni se acobarden. ²⁸Oyeron que les dije que me voy y volveré a visitarlos. Si me amaran, se alegrarían de que vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. ²⁹Les he dicho esto ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, crean. ³⁰Ya no hablaré mucho con ustedes, porque está llegando el príncipe del mundo. No tiene poder sobre mí, ³¹pero el mundo tiene que saber que yo amo al Padre y hago lo que el Padre me encargó. ¡Levántense! Vámonos de aquí.

²⁷ **14,1-31 Jesús, camino hacia el Padre.** En este capítulo se habla de una misteriosa ida y vuelta de Jesús, un irse al Padre para volver inmediatamente con los discípulos y poder estar con ellos para siempre. El texto del cuarto evangelio resulta revelador; no se dice nunca que Jesús se vaya y desaparezca: su ida al Padre significa una vuelta más completa hacia sus discípulos.

El versículo 23 constituye el centro del capítulo. El habitar de Dios en medio de su pueblo, que el Antiguo Testamento lo expresaba de un modo cultural (Éx 25,8; 29,45; Lv 26,11), las promesas lo anunciaban para el tiempo final (Ez 37,26s; Zac 2,14; Ap 21,3.22s), ahora se realiza en el presente de la comunidad. ¡Se trata de la inmanencia de la Santísima Trinidad en el corazón del cristiano, que queda convertido en templo vivo de Dios! En medio del desierto y del éxodo de nuestra historia, Dios habita verdaderamente en la tienda y en el templo del creyente.

La vid verdadera²⁸

15 ¹Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador. ²Él corta los sarmientos que en mí no dan fruto; los que dan fruto los poda, para que den aún más.

³Ustedes ya están limpios por la palabra que les he anunciado.

⁴Permanezcan en mí como yo permanezco en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí solo, si no permanece en la vid, tampoco ustedes, si no permanecen en mí.

⁵Yo soy la vid, ustedes los sarmientos: quien permanece en mí y yo en él dará mucho fruto; porque separados de mí no pueden hacer nada.

⁶Si uno no permanece en mí, lo tirarán afuera como el sarmiento y se secará: los toman, los echan al fuego y se queman.

⁷Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pedirán lo que quieran y lo obtendrán.

⁸Mi Padre será glorificado si dan fruto abundante y son mis discípulos.

⁹Como el Padre me amó así yo los he amado: permanezcan en mi amor. ¹⁰Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor; lo mismo que yo he cumplido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

¹¹Les he dicho esto para que participen de mi alegría y sean plenamente felices.

¹²Éste es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado. ¹³Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos. ¹⁴Ustedes son mis amigos, si hacen lo que yo les mando. ¹⁵Ya no los llamo sirvientes, porque el sirviente no sabe lo que hace su señor. A ustedes los he llamado amigos porque les he dado a conocer todo lo que escuché a mi Padre.

¹⁶No me eligieron ustedes a mí; yo los elegí a ustedes y los destiné para que vayan y den fruto, un fruto que permanezca; así, lo que pidan al Padre en mi nombre él se lo concederá. ¹⁷Esto es lo que les mando, que se amen unos a otros.

El odio del mundo²⁹

¹⁸Si el mundo los odia, sepan que primero me odió a mí.

¹⁹Si ustedes fueran del mundo, el mundo los amaría como cosa suya.

Pero, como no son del mundo, sino que yo los elegí sacándolos del mundo, por eso el mundo los odia.

²⁰Recuerden lo que les dije: Un sirviente no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán; si cumplieron mi palabra, también cumplirán la de ustedes.

²¹Los tratarán así a causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió.

²²Si no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado.

²³Quien me odia a mí odia al Padre.

²⁴Si no hubiera hecho ante ellos obras que ningún otro hizo, no tendrían pecado.

Pero ahora, aunque las han visto, nos odian a mí y a mi Padre.

²⁸ **15,1-17 La vid verdadera.** El relato de la vid no es, en rigor, una parábola ni una alegoría, sino una fórmula de presentación, de identificación y reconocimiento. Jesús realiza cumplidamente lo que esta imagen significa. Él es la vid verdadera sin atenuaciones de ninguna clase.

Esta imagen de la vid no evoca una estampa bucólica del campo, sino que posee connotaciones de rivalidad y enfrentamiento. Jesucristo, vid verdadera, se halla en relación de oposición y superación del Antiguo Testamento. Se opone frontalmente al judaísmo, caracterizado en sus símbolos más conocidos (el emblema del templo era una inmensa vid de oro; lo mismo de la sinagoga de Yamnia).

Jesús es la vid verdadera (1), es el nuevo Israel en oposición al Antiguo, que no ha dado los frutos esperados. También se contraponen a otras vides que, comparadas con Él, no han resultado ni fructíferas ni eficaces. El dueño de la vid es el Padre (1).

La poda tiene una finalidad: que la vid dé fruto abundante (2). El sarmiento que no dé fruto tiene su suerte echada: será arrancado. El Padre realiza la poda cuidando solícitamente de la vid.

Al don del Padre corresponde la colaboración del discípulo, puesto que el discípulo se caracteriza por permanecer en Jesús (4), ser lo que ya se es injertado en Él. Jesucristo mismo responde a su vez a esta colaboración permaneciendo en el discípulo. Acontece una inmanencia recíproca, una comunión personal, íntima. Sin embargo, esta inmanencia no es exclusivamente individual, entre Jesús individuo, y un cristiano individualmente. Encontramos en Jesucristo a todos los seres humanos. Pablo en 1 Cor 12,12-27 habla del cuerpo de Jesucristo en cuanto contiene a los miembros vivos de Jesucristo.

¿Qué quiere decir «dar fruto abundante» (8)? El permanecer en Jesucristo implica necesariamente dar fruto. Inmanencia y productividad se condicionan mutuamente. El dar fruto no puede entenderse como un activismo ni la permanencia como una pasividad. La permanencia se muestra esencialmente dinámica, fructificando.

El hecho de dar fruto aparece con un doble sentido. Por una parte, los discípulos deben hacerlo hacia dentro: permanecer en Jesús mediante el amor fraterno y, en consecuencia, ser «una sola cosa». Y por otra, deben hacerlo hacia fuera: los discípulos deben comprometerse en la misión, tal como el mismo Jesús declara: «para que el mundo crea que tú me enviaste» (17,21b).

²⁹ **15,18-25. El odio del mundo.** Los discípulos al haber sido elegidos por Jesús (15,16) ya no pertenecen al mundo, entiéndase por mundo toda realidad que rechaza el proyecto de Jesús. Por eso el mundo odia –está enfrentado– a los discípulos. La suerte del discípulo no puede ser distinta a la suerte del Maestro comenta el evangelista, si el Maestro fue rechazado, perseguido y odiado, también lo serán los discípulos.

²⁵Así se cumple lo escrito en la ley acerca de ellos: *me odiaron sin causa*.

El testimonio del Espíritu y de los discípulos³⁰

²⁶Cuando venga el Defensor que yo les enviaré de parte del Padre, él dará testimonio de mí;

²⁷y ustedes también darán testimonio, porque han estado conmigo desde el principio.

16 ¹Les he dicho todo esto para que no fallen. ²Los expulsarán de la sinagoga. Incluso más, llegará un tiempo en que el que los mate pensará que está dando culto a Dios.

³Y eso lo harán porque no conocen al Padre ni a mí.

⁴Esto se lo digo para que, cuando llegue su momento, se acuerden que ya se lo había dicho. No les dije estas cosas desde el principio porque yo estaba con ustedes.

⁵Ahora me vuelvo al que me envió y nadie me pregunta adónde voy.

La obra del Espíritu³¹

⁶Lo que les he dicho los ha llenado de tristeza; ⁷pero les digo la verdad: les conviene que yo me vaya. Si no me voy, no vendrá a ustedes el Defensor, pero si me voy, lo enviaré a ustedes.

⁸Cuando él venga, convencerá al mundo de un pecado, de una justicia, y de una sentencia:

⁹El pecado, que no han creído en mí.

¹⁰La justicia, que yo voy al Padre y no me verán más.

¹¹La sentencia, que el príncipe de este mundo ya ha sido condenado.

¹²Muchas cosas me quedan por decirles, pero ahora no pueden comprenderlas.

¹³Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, los guiará hasta la verdad plena. Porque no hablará por su cuenta, sino que dirá lo que ha oído y les anunciará el futuro.

¹⁴Él me dará gloria porque recibirá de lo mío y se lo explicará a ustedes.

¹⁵Todo lo que tiene el Padre es mío, por eso les dije que recibirá de lo mío y se lo explicará a ustedes.

Alegría tras la pena³²

¹⁶Dentro de poco ya no me verán, y poco después me volverán a ver.

¹⁷Los discípulos comentaban entre sí:

—¿Qué es lo que dice? Dentro de poco ya no me verán, y poco después me volverán a ver; y qué significa eso de: Voy al Padre.

¹⁸Decían:

—¿A qué poco se refiere? No entendemos lo que dice.

¹⁹Jesús comprendió que querían preguntarle y les dijo:

³⁰ **15,26–16,5 El testimonio del Espíritu y de los discípulos.** Los discípulos no están solos ni abandonados, el Espíritu les consolidará en su opción, ya que dará testimonio de Jesús y les moverá a ellos a dar testimonio también del Maestro: «para que no fallen» (16,1).

El evangelista es más explícito en su descripción de la persecución: habla de una expulsión de la sinagoga (16,2), situación propia de la comunidad joánica, y de una perversión del culto a Dios: «llegará un tiempo en que el que los mate pensará que está dando culto a Dios» (16,2), como fue el caso de Pablo (Hch 26,9-11).

³¹ **16,6-15 La obra del Espíritu.** Una profunda tristeza embarga el corazón de los discípulos porque se dan cuenta de que Jesús se marcha. Ante la magnitud de esta desolación, Jesús conforta a los discípulos con la promesa del Espíritu. El Espíritu confirma y fortalece la fe de los discípulos a pesar de las circunstancias de crisis y persecución. El Espíritu dará veredicto de sentencia contra el mundo en una triple dimensión:

1. A causa de un pecado: la falta de fe o infidelidad. No creer en Jesús, como el Hijo de Dios, es el gran pecado para el cuarto evangelio.

2. A causa de una justicia: porque la exaltación de Jesús en la cruz es un triunfo. La vuelta de Jesús al Padre es una recompensa y una victoria. Se manifiesta también como una justicia legal ya que pronuncia y fija la última palabra, la sentencia contra el mundo culpable.

3. A causa de un juicio: juicio que se convierte en condena, pues está en proporción negativa al triunfo definitivo de Jesucristo.

³² **16,16-33 Alegría tras la pena.** Jesús habla de un misterioso «dentro de poco». Ese poco tiempo se refiere a la pasión. Tiempo de no visión y aflicción. Para explicar tan enigmático dicho el Señor emplea la imagen del parto, después de los dolores viene el gozo del nacimiento, así será el gozo después de la resurrección: de nuevo el Señor los verá y se alegrará su corazón con una alegría que nada ni nadie les va a quitar.

En el versículo 25, Jesús declara que no hablará ya en enigmas sino a plena luz. En esta segunda modalidad de revelación hay una indicación implícita a la acción del Espíritu. Las palabras de Jesús eran misteriosas y oscuras; el Espíritu quitará el velo de la incomprensión, las hará definitivamente inteligibles. De ahí la continuidad y complementariedad de la obra del Espíritu Santo respecto a la de Jesús, porque es Jesús mismo quien continúa hablando hoy a la Iglesia, pero de una manera nueva e interior, a través de su propio Espíritu.

El amor del Padre se vuelca también sobre todos los discípulos (26-33), porque ellos creen en Jesús, el Hijo enviado. Jesús presenta su vida contemplada siempre desde el Padre; de Él viene, está un tiempo breve en este mundo, y ahora sube de nuevo al Padre.

Jesús va a sufrir la pasión pero no se siente solo. Aunque sus discípulos le abandonen, el Padre siempre está con Él. Concluye estas recomendaciones con un grito de ánimo. A pesar de la crueldad de las tribulaciones padecidas, afirma: «Yo he vencido al mundo» (33).

—Ustedes discuten entre sí qué significan mis palabras: dentro de poco ya no me verán y poco después me volverán a ver.

²⁰Les aseguro que ustedes llorarán y se lamentarán mientras el mundo se divierte; estarán tristes, pero esa tristeza se convertirá en gozo.

²¹Cuando una mujer va a dar a luz, está triste, porque le llega su hora. Pero, cuando ha dado a luz a la criatura, no se acuerda de la angustia, por la alegría que siente de haber traído un hombre al mundo.

²²Así ustedes ahora están tristes; pero los volveré a visitar y se llenarán de alegría, y nadie les quitará su alegría. ²³Aquel día no me preguntarán nada.

Les aseguro que todo lo que pidan a mi Padre, él se lo concederá en mi nombre.

²⁴Hasta ahora no han pedido nada en mi nombre; pidan y recibirán, para que su alegría sea completa.

²⁵Les he dicho esto en parábolas; pero llega la hora en que ya no les hablaré en parábolas, sino que les hablaré claramente de mi Padre.

²⁶Aquel día pedirán en mi nombre, y no será necesario que yo pida al Padre por ustedes, ²⁷ya que el Padre mismo los ama, porque ustedes me han amado y han creído que yo vine de parte de Dios. ²⁸Salí del Padre y he venido al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre.

²⁹Le dicen los discípulos:

—Ahora sí que hablas claramente, sin usar parábolas. ³⁰Ahora sabemos que lo sabes todo y que no hace falta que nadie te pregunte; por eso creemos que vienes de Dios.

³¹Jesús les contestó:

—¿Ahora creen? ³²Miren, llega la hora, ya ha llegado, en que ustedes se dispersarán cada uno por su lado y me dejarán solo. Pero yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo.

³³Les he dicho esto para que gracias a mí tengan paz.

En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo.

Oración sacerdotal de Jesús³³

17

¹Así habló Jesús. Después, levantando la vista al cielo, dijo:

³³ **17,1-26 Oración sacerdotal de Jesús.** Este capítulo narra la más extensa oración de Jesús; fue calificada por D. Citreo (s. XVI) como «oración sacerdotal» y con este título se lo conoce en toda la tradición de la Iglesia. Trata de la profunda interacción entre un Padre, todo amor, y un Hijo, del todo obediente.

Jesús ora por su glorificación que es la gloria del Padre (1-11a). «Ha llegado la hora»: Toda la vida de Jesús se orienta hacia esta hora final. La gloria que Jesús pide coincide con la resurrección, que incluye también a los discípulos y a todos los que acogen la revelación con fe y dan fruto de amor como lo dio el Hijo.

La expresión «vida eterna» más que aludir a su duración indefinida, se refiere a la comunión con el Señor Resucitado ya sobre esta tierra. La vida eterna será una realidad completa en los últimos tiempos, pero es también una realidad «penúltima», escatología que se anticipa ya en el momento presente. Todo gesto de amor legítimo, hecho a imagen del amor de Jesús, es expresión de eternidad, que derrota el tiempo.

En los versículos 4-10 la vida de Jesús es contemplada en su conjunto como «glorificación del Padre», realizada para llevar a término la obra que el Padre le ha encomendado hacer. Pero, ¿cómo, dónde y cuándo se da el cumplimiento de esta obra del Padre? La respuesta la ofrece el evangelio (cfr. 19,28-30); en la hora suprema de la cruz, Jesús cumple perfectamente la obra del Padre.

Jesús ora por sus discípulos (11b-19). El Dios de la lejanía y del terror (cfr. Éx 3,1-6) se hace definitivamente Padre gracias a la presencia de Jesús, el Hijo. Jesús pide al Padre que conserve a los discípulos «en tu nombre». Significa conservarlos en una fidelidad dinámica, orientada a la plenitud y unidad con Dios: «para que sean uno». Los discípulos no pueden ser uno si no es a través de la comunión con el Hijo, por un nuevo nacimiento de Dios (1,13; 3,3-5). El fundamento y modelo es la unidad de amor del Padre y del Hijo.

El versículo 14 habla del don de la revelación y del odio del mundo. Entiéndase por mundo todo aquello que se opone a Jesucristo; desde esta perspectiva mundo y comunidad de Jesús son dos realidades contrapuestas e irreconciliables (cfr. 15,18s).

El centro de la oración es la súplica por la santificación de los discípulos en orden a la misión (17-19). Esto justifica lo que precede y sigue. La glorificación de Jesús pasa a través de la santificación y misión de los discípulos.

Jesús ora por los futuros creyentes (20-26). Jesús extiende la plegaria que va desde el grupo apostólico que ha enviado al mundo (17,18) hasta aquellos que crearán mediante su misión y su palabra. Se puede descubrir la unidad profunda de toda la oración mediante el tema de la misión. Ésta tiene su origen en el Padre que envía a Jesús; y Jesús envía a sus discípulos para comunicar su acción salvadora al mundo, el mundo tiene aquí sentido antropológico, indica la humanidad entera.

La misión histórica de Jesús está por llegar a su fin; la misión de la Iglesia, en cambio, está apenas iniciada y se abre a la historia y al futuro. Sin embargo, la Iglesia no se encuentra sola: el Padre la santifica y guarda; el Hijo la reúne con su palabra y su presencia vivificante; el Espíritu la hace fuerte con el poder de su testimonio y profecía.

«Para que sean uno como nosotros». El perfeccionamiento en la unidad implica dos aspectos. El primero es eclesial (ad intra): que la comunidad profundice en la fe, el amor y en la santidad y tienda a una unión siempre mayor en Jesucristo y desde Jesucristo con el Padre. El segundo es misionero (ad extra), tal como viene explicitado con rotundidad un poco más adelante: «y el mundo conozca que tú me enviaste». En la comunidad, congregada en unidad de amor, el mundo podrá reconocer la presencia del Hijo, el Señor glorioso, enviado por el Padre.

El final de la oración (26) se relaciona con el comienzo del discurso de despedida, iniciado en el capítulo 13, a manera de conclusión. Efectivamente, en 13,1 el evangelista había introducido la cena con estas palabras: «después de amar a los suyos, los amó hasta el extremo». Ahora, en el versículo 26: «les haré conocer tu nombre para que el amor con que tú me amaste esté en ellos, y yo en ellos». Esta acción: «les haré conocer» se refiere a un futuro inmediato; se orienta decididamente hacia la pasión, en donde Jesús manifestará de forma patente, sin claroscuros ni reservas, su amor al Padre hasta el final, que es la muerte.

—Padre, ha llegado la hora: da gloria a tu Hijo para que tu Hijo te dé gloria; ²ya que le has dado autoridad sobre todos los hombres para que dé vida eterna a cuantos le has confiado. ³En esto consiste la vida eterna: en conocerte a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesús el Mesías. ⁴Yo te he dado gloria en la tierra cumpliendo la tarea que me encargaste hacer. ⁵Ahora tú, Padre, dame gloria junto a ti, la gloria que tenía junto a ti, antes de que hubiera mundo.

⁶He manifestado tu nombre a los hombres que separaste del mundo para confiármelos: eran tuyos y me los confiaste y han cumplido tus palabras. ⁷Ahora comprenden que todo lo que me confiaste procede de ti. ⁸Las palabras que tú me comunicaste yo se las comuniqué; ellos las recibieron y comprendieron realmente que vine de tu parte, y han creído que tú me enviaste.

⁹Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me has confiado, pues son tuyos. ¹⁰Todo lo mío es tuyo y lo tuyo es mío: en ellos se revela mi gloria. ¹¹Ya no estoy en el mundo, mientras que ellos están en el mundo; yo voy hacia ti, Padre Santo, cuida en tu nombre, a los que me diste, para que sean uno como nosotros. ¹²Mientras estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste; los custodié, y no se perdió ninguno de ellos; excepto el destinado a la perdición, para cumplimiento de la Escritura. ¹³Ahora voy hacia ti; y les digo esto mientras estoy en el mundo para que mi gozo sea el de ellos y su gozo sea perfecto.

¹⁴Yo les comuniqué tu palabra, y el mundo los odió, porque no son del mundo, igual que yo no soy del mundo. ¹⁵No pido que los saques del mundo, sino que los libres del Maligno. ¹⁶No son del mundo, igual que yo no soy del mundo.

¹⁷Conságralos con la verdad: tu palabra es verdad. ¹⁸Como tú me enviaste al mundo, yo los envié al mundo. ¹⁹Por ellos me consagro, para que queden consagrados con la verdad. ²⁰No sólo ruego por ellos, sino también por los que han de creer en mí por medio de sus palabras.

²¹Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti; que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste.

²²Yo les di la gloria que tú me diste para que sean uno como lo somos nosotros.

²³Yo en ellos y tú en mí, para que sean plenamente uno; para que el mundo conozca que tú me enviaste y los amaste como me amaste a mí.

²⁴Padre, quiero que los que me confiaste estén conmigo, donde yo estoy; para que contemplen mi gloria; la que me diste, porque me amaste antes de la creación del mundo.

²⁵Padre justo, el mundo no te ha conocido; yo te he conocido y éstos han conocido que tú me enviaste.

²⁶Les di a conocer tu nombre y se lo daré a conocer, para que el amor con que tú me amaste esté en ellos, y yo en ellos.

Arresto de Jesús³⁴

(cfr. Mt 26,47-56; Mc 14,43-52; Lc 22,47-53)

18 ¹Dicho esto, salió Jesús con los discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto; allá entró él con sus discípulos. ²Judas, el traidor, conocía el lugar, porque Jesús muchas veces se había reunido allí con sus discípulos. ³Entonces Judas tomó un destacamento y algunos empleados de los sumos sacerdotes y los fariseos, y se dirigió allá con antorchas, linternas y armas.

⁴Jesús, sabiendo todo lo que le iba a pasar, se adelantó y les dice:

—¿A quién buscan?

⁵Le respondieron:

—A Jesús, el Nazareno.

Les dice:

—Yo soy.

También Judas, el traidor, estaba con ellos. ⁶Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron al suelo.

⁷Les preguntó de nuevo:

—¿A quién buscan?

Le respondieron:

—A Jesús, el Nazareno.

³⁴ **18,1-14 Arresto de Jesús.** Juan no menciona la agonía ni el beso de Judas ni la huida de los discípulos. Le interesa mostrar la sublime majestad de Jesús. La declaración de Jesús: «Yo soy», sin paralelo en los sinópticos y por tres veces repetida (5.6.8), revela la divinidad de Jesús y asume el valor de una teofanía, que deja a quienes lo buscan prosternados ante Dios.

La reacción de los adversarios de Jesús es exactamente la que los salmos atribuyen a los enemigos del justo perseguido (6,10; 27,2; etc.). Jesús los enfrenta con autoridad: «Si me buscan a mí, dejen ir a éstos» (8). Es el buen Pastor que da la vida por las ovejas (10,15.18).

El versículo 11 nos ofrece el equivalente de la escena de Getsemaní (cfr. Mt 26,39): «¿Acaso no beberé la copa que me ha ofrecido mi Padre?». Jesús no pide que Dios lo aleje de esa copa amarga; Él acepta la pasión como un don concedido por el Padre. El evangelio nos invita a entrar con Jesús en la pasión voluntaria del Hijo de Dios.

⁸Contestó Jesús:

—Ya les dije que yo soy, pero, si me buscan a mí, dejen ir a éstos.

⁹Así se cumplió lo que había dicho: No he perdido ninguno de los que me has confiado.

¹⁰Simón Pedro, que iba armado de espada, la desenvainó, dio un tajo al sirviente del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. El sirviente se llamaba Malco.

¹¹Jesús dijo a Pedro:

—Envaina la espada: ¿Acaso no beberé la copa que me ha ofrecido mi Padre?

¹²El destacamento, el comandante y los agentes de los judíos arrestaron a Jesús, lo ataron ¹³y se lo llevaron primero a Anás que era suegro de Caifás, el sumo sacerdote de aquel año.

¹⁴Caifás era el mismo que había dicho a los judíos, que era mejor para ellos que un solo hombre muriese por el pueblo.

Jesús ante Anás – Negaciones de Pedro³⁵

(cfr. Mt 26,57-75; Mc 14,53-72; Lc 22,54-71)

¹⁵Seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Como ese discípulo era conocido del sumo sacerdote, entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, ¹⁶mientras Pedro se quedaba afuera, en la puerta.

Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera y ésta dejó entrar a Pedro.

¹⁷La sirvienta de la portería dice a Pedro:

—¿No eres tú también discípulo de ese hombre?

Contesta él:

—No lo soy.

¹⁸Como hacía frío, los sirvientes y los guardias habían encendido fuego y se calentaban. Pedro estaba con ellos protegiéndose del frío.

¹⁹El sumo sacerdote interrogó a Jesús sobre sus discípulos y su enseñanza.

²⁰Jesús le contestó:

—Yo he hablado públicamente al mundo; siempre enseñé en sinagogas o en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada en secreto. ²¹¿Por qué me interrogas? Interroga a los que me han oído hablar, que ellos saben lo que les dije.

²²Apenas Jesús dijo aquello, uno de los guardias presentes le dio una bofetada y le dijo:

—¿Así respondes al sumo sacerdote?

²³Jesús contestó:

—Si he hablado mal, demuéstreme la maldad; pero si he hablado bien, ¿por qué me golpeas?

²⁴Anás lo envió atado al sumo sacerdote Caifás.

²⁵Simón Pedro seguía junto al fuego. Le preguntan:

—¿No eres tú también discípulo suyo?

Él lo negó:

—No lo soy.

²⁶Uno de los sirvientes del sumo sacerdote, pariente de aquél a quien Pedro había cortado la oreja, insistió:

—¿Acaso no te vi yo con él en el huerto?

²⁷Pedro volvió a negarlo y en ese momento cantó el gallo.

³⁵ **18,15-27 Jesús ante Anás – Negaciones de Pedro.** Este episodio no constituye un verdadero proceso de sentencia, puesto que el sumo sacerdote con el gran Consejo ya habían decretado la muerte de Jesús. Si Juan lo narra se debe a la importancia de las declaraciones de Jesús. El interrogatorio está deliberadamente encuadrado dentro de las negaciones de Pedro (17s y 25-27) –cosa que no hacen los sinópticos–. No se trata de un descuido del evangelista, su finalidad es presentar el profundo contraste entre la traición y el testimonio.

El discípulo Pedro, uno de los que estaba con Jesús, niega cobardemente a su Maestro; Jesús, en cambio, verdadero mártir de la fe, confiesa delante del sumo sacerdote su identidad.

El evangelista omite el llanto del arrepentido y la mirada de Jesús (Lc 22,61s). Se ha cumplido su predicción y Jesús se ha quedado solo.

El sumo sacerdote interroga a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina. Jesús contesta de tal manera que su respuesta evoca toda su revelación: la de traer al mundo la palabra de revelación (12,48-50).

No se dan detalles históricos sobre el juicio del Sanedrín como acontece en los sinópticos, porque para el evangelista el proceso judío ha perdido todo valor.

Jesús ante Pilato³⁶

(cfr. Mt 27,1s.11-14; Mc 15,1-5; Lc 23,1-5)

²⁸Desde la casa de Caifás llevaron a Jesús al cuartel. Era temprano. Ellos no entraron en el cuartel para evitar contaminarse y poder comer la Pascua. ²⁹Pilato salió afuera, a donde estaban, y les preguntó:

—¿De qué acusan a este hombre?

³⁰Le contestaron:

—Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado.

³¹Les replicó Pilato:

—Entonces, tómelo y júzguenlo según la legislación de ustedes.

Los judíos le dijeron:

—No nos está permitido dar muerte a nadie.

³²Así se cumplió lo que Jesús había dicho sobre la manera en que tendría que morir. ³³Entró de nuevo Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le preguntó:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

³⁴Jesús respondió:

—¿Eso lo preguntas por tu cuenta o porque te lo han dicho otros de mí?

³⁵Pilato respondió:

—¡Ni que yo fuera judío! Tu nación y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?

³⁶Contestó Jesús:

—Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis soldados habrían peleado para que no me entregaran a los judíos. Pero mi reino no es de aquí.

³⁷Le dijo Pilato:

—Entonces, ¿tú eres rey?

Jesús contestó:

—Tú lo dices. Yo soy rey: para eso he nacido, para eso he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Quien está de parte de la verdad escucha mi voz.

^{38a}Le dice Pilato:

—¿Qué es la verdad?

Condena a muerte

(cfr. Mt 27,15-31; Mc 15,6-20; Lc 23,13-25)

^{38b}Dicho esto, salió de nuevo a donde estaban los judíos y les dijo:

³⁶ **18,28–19,16a Jesús ante Pilato – Condena a muerte.** Jesús manifiesta su gloria como Rey y como Verdad, juzga al mundo al ser juzgado. Para el evangelista lo que aquí sucede no es tanto el proceso político delante del magistrado romano, cuanto el gran proceso entre Jesús y los judíos. Jesús es el punto firme ante el que se están enjuiciando a sí mismos los judíos y es verdaderamente el que juzga a todos, al no ser reconocido como «el testigo de la verdad».

Entrada en el pretorio (18,28). De mañana, Jesús es llevado de casa de Caifás (24) al pretorio, inmediatamente después de la segunda sesión del Sanedrín, donde fue sentenciado a muerte por los judíos. Los judíos no entran en el pretorio romano para no contaminarse. Ironía joánica: ino quieren mancharse en casa de un gentil, y sin embargo están entregando a muerte a un inocente!

Los judíos lo entregan a Pilato (18,29-32). El magistrado romano no quiere saber nada de este asunto religioso judío: que lo juzguen según la ley de Moisés. Los judíos reconocen no tener autoridad legal sobre Jesús. Buscan ratificar una sentencia que sólo Pilato puede autorizar: la crucifixión.

Diálogo entre Jesús y Pilato: sobre la acusación (18,33-38a). Este diálogo permite a Jesús explicar el verdadero sentido de su realeza (37). Jesús es efectivamente rey, pero no como los reyes de este mundo. Su reino no posee el alcance de una proclamación política, consiste en dar testimonio de la verdad (revelación) que es Él. Esta revelación es el fundamento de su realeza.

Pilato intenta liberar a Jesús (18,38b-40). Pilato, que no ha captado el sentido de la realeza de Jesús, pero convencido de su inocencia, busca liberar a Jesús por un procedimiento legal: la amnistía pascual; esto facilitaría a los judíos renunciar a su demanda judicial de manera honorable. Pero los judíos se decantan por Barrabás. El contraste es patente, los judíos prefieren a un asaltante antes que acoger a la Verdad.

La coronación de espinas (19,1-3). Es ésta una escena central del pasaje. Ninguna señal de los salvazos, de los golpes en la cabeza que narran los sinópticos. Juan menciona únicamente lo que tiene sentido para la realeza de Jesús: la corona de espinas, el manto de púrpura y las palabras: «¡Salud, rey de los judíos!».

¡He aquí al hombre! (19,4-8). Pilato saca a Jesús escarnecido, con las insignias reales, para que se convenzan los judíos de que en Jesús no existe ninguna amenaza política. No es más que un pobre hombre el así llamado rey de los judíos; es cosa de risa su pretendida realeza. Roma no tiembla por esta clase de reyes. Pero el evangelista ha visto en esto un sentido profundo. Este hombre que es Jesús, en su debilidad e impotencia, en su más honda y desnuda humanidad, es quien posee el poder de soberano juez, «porque es el Hijo del Hombre».

Diálogo entre Jesús y Pilato: sobre el origen de Jesús (19,9-12). Jesús declara a su juez que toda la autoridad que tiene sobre Él le viene de lo alto. No hay potestad si no viene de Dios (Rom 13,1). De Dios ha recibido Pilato la autoridad, aunque él no lo sepa. Si Pilato crucifica a Jesús lo hará injustamente. El mayor pecado lo tienen las autoridades religiosas judías que, viendo, no creen, odian a Jesús y le han entregado por propia iniciativa.

Pilato lo entrega a los judíos como rey (19,13-16a). Pilato, ante la protesta generalizada, intenta de modo desesperado liberar a Jesús. Lo saca afuera y lo sienta en el estrado del tribunal. En el plano simbólico que contempla el evangelista, este episodio evoca la función ejercitada por Jesús: coronado y vestido como rey y sentado en el tribunal como juez.

—No encuentro en él culpa alguna. ³⁹Y ya que ustedes tienen la costumbre de que ponga en libertad a un preso durante la fiesta de la Pascua. ¿Quieren que suelte al rey de los judíos?

⁴⁰Volvieron a gritar:

—A ése no, suelta a Barrabás.

Barrabás era un asaltante.

19 ¹Entonces Pilato se hizo cargo de Jesús y lo mandó azotar. ²Los soldados entrelazaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza; lo revistieron con un manto rojo, ³y acercándose a él le decían:

—¡Salud, rey de los judíos!

Y le pegaban en la cara. ⁴Salió otra vez Pilato afuera y les dijo:

—Miren, lo saco afuera para que sepan que no encuentro en él culpa alguna.

⁵Salió Jesús afuera, con la corona de espinas y el manto rojo. Pilato les dice:

—Aquí tienen al hombre.

⁶Cuando los sumos sacerdotes y los policías del templo lo vieron, gritaron:

—¡Crucifícalo, crucifícalo!

Les dice Pilato:

—Tómenlo ustedes y crucifíquenlo, que yo no encuentro en él ningún motivo de condena.

⁷Le replicaron los judíos:

—Nosotros tenemos una ley, y según esa ley debe morir, porque se ha hecho pasar por hijo de Dios.

⁸Cuando Pilato oyó aquellas palabras, se asustó mucho. ⁹Entró en el cuartel y dice de nuevo a Jesús:

—¿De dónde eres?

Jesús no le dio respuesta. ¹⁰Le dice Pilato:

—¿No quieres hablarme? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?

¹¹[Le] contestó Jesús:

—No tendrías poder contra mí si no te lo hubiera dado el cielo. Por eso el que me entrega es más culpable.

¹²A partir de entonces, Pilato procuraba soltarlo, mientras los judíos gritaban:

—Si sueltas a ése, no eres amigo del César. El que se hace rey va contra el César.

¹³Al oír aquello, Pilato sacó afuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado Enlosado, en hebreo *Gábbata*. ¹⁴Era la víspera de Pascua, al mediodía. Dice a los judíos:

—Ahí tienen a su rey.

¹⁵Ellos gritaron:

—¡Afuera, afuera, crucifícalo!

Les dice Pilato:

—¿Voy a crucificar a su rey?

Los sumos sacerdotes contestaron:

—No tenemos más rey que el César.

^{16a}Entonces se lo entregó para que fuera crucificado.

Crucifixión y muerte de Jesús³⁷

(cfr. Mt 27,32-56; Mc 15,21-41; Lc 23,26-49)

^{16b}Se lo llevaron; ¹⁷y Jesús salió cargando él mismo con la cruz, hacia un lugar llamado La Calavera, en hebreo *Gólgota*. ¹⁸Allí lo crucificaron con otros dos: uno a cada lado y en medio Jesús. ¹⁹Pilato había hecho escribir un letrero y clavarlo en la cruz. El escrito decía: Jesús el Nazareno, rey de los Judíos.

²⁰Muchos judíos leyeron el letrero, porque el lugar donde Jesús fue crucificado quedaba cerca de la ciudad. Además, el letrero estaba escrito en hebreo, latín y griego. ²¹Los sumos sacerdotes dijeron a Pilato:

—No escribas: Rey de los judíos, sino: Éste ha dicho: Soy rey de los judíos.

²²Pilato contestó:

—Lo escrito, escrito está.

²³Después que los soldados crucificaron a Jesús, tomaron su ropa y la dividieron en cuatro partes, una para cada soldado; tomaron también la túnica. Era una túnica sin costuras, tejida de arriba abajo, de una pieza. ²⁴Así que se dijeron:

—No la rasguemos; vamos a sortearla, para ver a quien le toca.

Así se cumplió lo escrito: *Se repartieron mi ropa y se sortearon mi túnica*. Es lo que hicieron los soldados.

²⁵Junto a la cruz de Jesús estaban ²⁵su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás y María Magdalena. ²⁶Jesús, viendo a su madre y al lado al discípulo amado, dice a su madre:

—Mujer, ahí tienes a tu hijo.

²⁷Después dice al discípulo:

—Ahí tienes a tu madre.

Y desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa.

²⁸Después, sabiendo que todo había terminado, para que se cumpliera la Escritura, Jesús dijo:

—Tengo sed.

³⁷ **19,16b-37 Crucifixión y muerte de Jesús.** Jesús manifiesta su gloria consumando su obra de amor, de amor extremo, por sus discípulos. Distinguimos las siguientes escenas:

Introducción (16b-18). Jesús lleva la cruz «por sí mismo». Según los sinópticos es Simón de Cirene quien la lleva. Juan resalta este hecho: Jesús porta la cruz como señal de su gloria.

La crucifixión se describe de manera rápida. Los acontecimientos en torno a la cruz se manifiestan como signos de la gloria de Jesús. El relato no despierta principalmente compasión ni dolor, sino honda admiración ante el significado de los hechos.

Proclamación de la realeza de Jesús (19-22). Jesús es declarado rey. El rótulo de su realeza sobre la cruz está además escrito en los tres idiomas más conocidos, a fin de que «todo el mundo» lo sepa.

«Lo escrito, escrito está», expresa la realidad profunda de Jesús ya reinando y juzgando al mundo desde ahora y para siempre. La teología de la cruz aparece como teología de la gloria.

Reparto y sorteo de las vestiduras (23s). Juan concede gran importancia a la «túnica sin costuras, tejida de arriba a abajo, de una pieza». Existe una interpretación sacerdotal acerca de la túnica; este tipo de túnica era la que portaba en exclusiva el sumo sacerdote. Con ello se evoca la muerte de Jesús no sólo como rey, sino también como sumo sacerdote. Pero Juan refiere la mención de la túnica para que se cumplan las Escrituras. Más bien, es preciso ver en esta túnica, que no se rompe, una alusión a la unidad de la Iglesia. Asociación de la muerte de Jesús con la fundación de su comunidad unida (cfr. 10,16; 11,52; 17,11.20-22; 21,11).

La hora de la comunidad eclesial (25-27). Este episodio no describe sólo un acto de piedad filial de Jesús hacia su madre, sino una verdadera revelación de su maternidad espiritual. María se convierte en la madre no sólo del discípulo amado, sino también de todos aquellos a quienes él representa, el conjunto de los creyentes.

La Iglesia que se funda por la fe en la Palabra de Dios es la Iglesia que nace al pie de la cruz.

María es madre de la vida de Jesucristo, suscitándola en todo discípulo a quien Jesús ama. Y se llama mujer porque realiza la misión del nuevo pueblo de Dios, que con frecuencia es contemplado alternativamente como mujer y pueblo (cfr. Is 26,17; 43,5s; etc.). María queda así constituida en la «mujer» bíblica, la que da a luz con dolor al Mesías, y desde Jesús, se convierte en madre universal del género humano.

Existe igualmente una nueva función para el discípulo. Este discípulo es caracterizado por la expresión relativa: «al que Jesús amaba». Con ello, el discípulo se sitúa en la irradiación del amor de Jesucristo que le transforma. Es el amigo de Jesús (15,13-15). Ciertamente se trata de una persona concreta y pero también asume un carácter representativo: somos todos los cristianos.

Cumplimiento de la Escritura (28-30). En este momento solemne de «la Hora», cuando ya Jesús ha concluido su obra, su misteriosa sed antes de morir, indica que en adelante la obra de la salvación deberá ser continuada y profundizada por el don del Espíritu. La misma muerte posee un sentido salvador. Juan la describe por medio de una de esas expresiones con doble sentido tan frecuentes en él: Jesús «entregó el espíritu». Con esta expresión, tan extraña en toda la literatura griega, describe la muerte de Jesús y el don del Espíritu. Mediante su muerte Jesús inaugura el periodo definitivo de la historia de la salvación, el tiempo de la efusión del Espíritu.

Jesús fuente de vida (31-37). Los hechos relatados sirven, por su gran alcance simbólico, para hacer comprender la eficacia salvífica de la muerte de Jesús.

No le quiebran las piernas. Juan subraya el sentido del acontecimiento: Jesús muere como el Cordero pascual de la nueva alianza.

Otro detalle que cobra aun más importancia es el costado abierto por la lanza del soldado, Juan ha visto correr sangre y agua. La insistencia extraordinaria con la cual testimonia (35), muestra que, a sus ojos, este hecho encierra una relevancia decisiva para la vida de la Iglesia. El pasaje de Zacarías, al que remite el versículo 37, aclara el significado: en los tiempos mesiánicos habrá allí «una fuente abierta» para los habitantes de Jerusalén (Zac 13,1). Es lo que se realiza en la cruz: la fuente abierta es el costado traspasado de Jesús, de donde brota el agua viva, símbolo del Espíritu (cfr. 7,37-39). Esta agua, que es el Espíritu que Jesús derrama ya muerto sobre la cruz, no se da sin sangre. Su muerte, corroborada con el traspaso de la lanza, constituye el principio de la vida.

²⁹Había allí un jarro lleno de vinagre. Empaparon una esponja en vinagre, la sujetaron a una caña y se la acercaron a la boca. ³⁰Jesús tomó el vinagre y dijo:

—Todo se ha cumplido.

Dobló la cabeza y entregó el espíritu.

³¹Era la víspera del sábado, el más solemne de todos; los judíos pidieron a Pilato que hiciera quebrar las piernas de los crucificados y mandara retirar sus cuerpos para que no quedaran en la cruz durante el sábado.

³²Fueron los soldados y quebraron las piernas a los dos crucificados con él. ³³Al llegar a Jesús, viendo que estaba muerto, no le quebraron las piernas; ³⁴sino que un soldado le abrió el costado con una lanza. En seguida brotó sangre y agua.

³⁵El que lo vio lo atestigua y su testimonio es verdadero; él sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean.

³⁶Esto sucedió de modo que se cumpliera la Escritura que dice: *No le quebrarán ni un hueso;* ³⁷y otro pasaje de la Escritura dice: *Mirarán al que ellos mismos atravesaron.*

Sepultura de Jesús³⁸

(cfr. Mt 27,57-61; Mc 15,42-47; Lc 23,50-56)

³⁸Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús, por miedo a los judíos, pidió permiso a Pilato para llevarse el cadáver de Jesús. Pilato se lo concedió.

Él fue y se llevó el cadáver. ³⁹Fue también Nicodemo, el que lo había visitado en una ocasión de noche, llevando cien libras de una mezcla de mirra y áloe.

⁴⁰Tomaron el cadáver de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los perfumes, según la costumbre de sepultar que tienen los judíos.

⁴¹En el lugar donde había sido crucificado había un huerto y en él un sepulcro nuevo, en el que nadie había sido sepultado. ⁴²Como era la víspera de la fiesta judía y como el sepulcro estaba cerca, colocaron allí a Jesús.

Resurrección de Jesús³⁹

(cfr. Mt 28,1-10; Mc 16,1-8; Lc 24,1-12)

20¹El primer día de la semana, muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena va al sepulcro y observa que la piedra está retirada del sepulcro.

²Llega corriendo a donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, el que era muy amigo de Jesús, y les dice:

—Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.

³Salió Pedro con el otro discípulo y se dirigieron al sepulcro. ⁴Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corría más que Pedro y llegó primero al sepulcro. ⁵Inclinándose vio las sábanas en el suelo, pero no entró.

⁶Después llegó Simón Pedro, que le seguía y entró en el sepulcro. Observó los lienzos en el suelo ⁷y el sudario que le había envuelto la cabeza no en el suelo con los lienzos, sino enrollado en lugar aparte.

⁸Entonces entró el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.

⁹Todavía no habían entendido que, según la Escritura, él debía resucitar de entre los muertos.

¹⁰Los discípulos se volvieron a casa.

³⁸ **19,38-42 Sepultura de Jesús.** A diferencia de los sinópticos donde se relata el entierro de Jesús sin perfumes, aquí Jesús es enterrado por los notables judíos con una cantidad insólita de fragancias. Nicodemo trae más de cien libras de perfumes aromáticos (¡32 kilos, una exageración!). Esto significa que Jesús es enterrado como un rey. Para Juan, la sepultura no es la preparación para la resurrección, sino el final glorioso de Jesús como rey. Unción regia y sepultura honorífica.

³⁹ **20,1-10 Resurrección de Jesús.** María Magdalena es la primera en ser testigo de la resurrección. «Todavía estaba oscuro» es el símbolo desde donde se parte en la fe pascual. María ve la piedra quitada y corre a decírselo a Pedro y al discípulo amado (con dos testigos ya se puede dar testimonio fidedigno). Hay una reacción positiva de ambos. El discípulo amado llega antes al sepulcro, ve las sábanas pero no entra; luego que Pedro entra, ahora sí: «vio y creyó». ¿Qué vio? Que el sepulcro estaba vacío y creyó en la resurrección. Este creer hay que entenderlo no en sentido pleno, sino más bien «empezó a creer», tal y como lo da a entender el tiempo del verbo griego original. Este creer ha surgido a la vista del sepulcro vacío, de un «signo» negativo: la ausencia de un cadáver; no fundado en la palabra de Jesús, pues «todavía no conocían las Escrituras» en las que se habla de la resurrección. Como no es un creer pleno, no va a anunciarlo a los demás, sino que se marcha a su casa.

Se aparece a María Magdalena⁴⁰

(cfr. Mc 16,9-11)

¹¹María estaba afuera, llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro ¹²y ve dos ángeles vestidos de blanco, sentados: uno a la cabecera y otro a los pies del lugar donde había estado el cadáver de Jesús. ¹³Le dicen:

—Mujer, ¿por qué lloras?

María responde:

—Porque se han llevado a mi señor y no sé dónde lo han puesto.

¹⁴Al decir esto, se dio media vuelta y ve a Jesús de pie; pero no lo reconoció.

¹⁵Jesús le dice:

—Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

Ella, creyendo que era el jardinero, le dice:

—Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo.

¹⁶Jesús le dice:

—¡María!

Ella se vuelve y le dice en hebreo:

—*Rabbuni* —que significa maestro—.

¹⁷Le dice Jesús:

—Déjame, que todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre, el Padre de ustedes, a mi Dios, el Dios de ustedes.

¹⁸María Magdalena fue a anunciar a los discípulos:

—He visto al Señor y me ha dicho esto.

Se aparece a los discípulos⁴¹

(cfr. Mt 28,16-20; Mc 16,14-20)

¹⁹Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos.

Llegó Jesús, se colocó en medio y les dice:

—La paz esté con ustedes.

²⁰Después de decir esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor. ²¹Jesús repitió:

—La paz esté con ustedes. Como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes.

²²Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió:

—Reciban el Espíritu Santo. ²³A quienes les perdonen los pecados les quedarán perdonados; a quienes se los retengan les quedarán retenidos.

²⁴Tomás, llamado Mellizo, uno de los Doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús.

²⁵Los otros discípulos le decían:

—Hemos visto al Señor.

Él replicó:

—Si no veo en sus manos la marca de los clavos, si no meto el dedo en el lugar de los clavos, y la mano por su costado, no creeré.

⁴⁰ **20,11-18 Se aparece a María Magdalena.** María Magdalena es «la mujer fiel». Pedro y el discípulo amado van al sepulcro; sólo ven oquedad: las sábanas en el suelo y el sudario enrollado. Empiezan a creer. Después, cada uno se va a su casa. María, en cambio, permanece junto al sepulcro (11). Ante la inconsistencia y cansancio de los discípulos, se destaca la firme perseverancia de esta mujer.

María Magdalena encarna la figura de «la Amada del Cantar», y como tal, se puede decir que está loca o enferma de amor; por eso ve a Jesús por doquier, incluso piensa que el jardinero lo ha llevado a alguna parte y desea ir ella personalmente a recogerlo (15).

Pero el Maestro se presenta y la llama por su nombre. María quiere retener a Jesús (17). Todavía no sabe que el Señor resucitado es un don vivo para toda la humanidad; no puede guardárselo para ella sola. El amor verdadero nunca es egoísta ni acaparador. Siempre se muestra en donación, pura generosidad de sí mismo.

María «recibe una gran revelación». Jesús ha resucitado y comunica el gran don de Dios Padre: El Padre de Jesús es ya nuestro Padre, y su Dios es ya nuestro Dios (17).

Por último, el Señor la hace misionera (18): debe ir a los hermanos y anunciar su experiencia de fe: que lo ha visto resucitado y que le ha dicho todas estas cosas.

⁴¹ **20,19-31 Se aparece a los discípulos.** El evangelista presenta a los discípulos en un lugar indeterminado, con las puertas bien cerradas y de miedo. Entonces el Señor se les revela, se pone en medio de ellos, les da su paz y les muestra las llagas de su pasión: es el mismo que colgó de la cruz, es el crucificado. Los discípulos se llenan de alegría. El Señor sopla sobre ellos y les dice: «Reciban el Espíritu Santo». Los discípulos, revestidos del Espíritu serán capaces de perdonar los pecados.

En los versículos 24-29 Jesús se aparece nuevamente a los discípulos, pero esta vez Tomás está presente. Sorprende el realismo tan dramático y vivo de la visión. Lo que le ocurrió a Tomás es lo que puede sucederle hoy a cualquier cristiano. Si Jesús se deja tocar las llagas es porque los discípulos deben palparlo para ser testigos de su resurrección, para dar testimonio a los demás.

Desde ese momento, la comunidad de discípulos no consiste sólo en los Doce reunidos en un determinado lugar y tiempo; todo el que tenga fe es bienaventurado y se hace discípulo del Señor, aunque no lo haya visto sensiblemente. La visión de fe es el único modo de entrar en contacto con Él.

²⁶A los ocho días estaban de nuevo los discípulos reunidos en la casa y Tomás con ellos.

Se presentó Jesús a pesar de estar las puertas cerradas, se colocó en medio y les dijo:

—La paz esté con ustedes.

²⁷Después dice a Tomás:

—Mira mis manos y toca mis heridas; extiende tu mano y palpa mi costado, en adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe.

²⁸Le contestó Tomás:

—Señor mío y Dios mío.

²⁹Le dice Jesús:

—Porque me has visto, has creído; felices los que crean sin haber visto.

³⁰Otras muchas señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están relatadas en este libro. ³¹Estas quedan escritas para que crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida por medio de él.

Se aparece junto al lago⁴²

21¹Después Jesús se apareció de nuevo a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Se apareció así: ²Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos. ³Les dice Simón Pedro:

—Voy a pescar.

Le responden:

—Nosotros también vamos.

Salieron, y subieron a la barca; pero aquella noche no pescaron nada. ⁴Al amanecer Jesús estaba en la playa; pero los discípulos no reconocieron que era Jesús. ⁵Les dice Jesús:

—Muchachos, ¿tienen algo de comer?

Ellos contestaron:

—No.

⁶Les dijo:

—Tiren la red a la derecha de la barca y encontrarán.

⁴² **21,1-14 Se aparece junto al lago.** La siguiente serie articulada de rasgos nos ayudarán a interpretar este profundo signo:

1. *Jesús es el Señor y el amigo cercano.* Como antaño, Jesús y los discípulos se encuentran en la orilla del lago. Pero ahora Jesús ha pasado por el drama de su muerte y se presenta resucitado. El Señor no se aleja de los suyos en una remota trascendencia, sino que se aproxima. Su gloria soberana le ahonda en humanidad y le sume en una insospechada cercanía. Descubrimos al Señor como compañero y amigo, que sigue de cerca las preocupaciones de sus discípulos.

2. *Interpretación eucarística.* Toda la escena se encuentra penetrada por el simbolismo propio de la eucaristía. La descripción se realiza con elemental sobriedad. En torno a Jesús existe un silencio religioso, casi litúrgico. Únicamente aparece el gesto del Señor y su actitud de ofrecimiento. Esta interpretación eucarística conlleva necesariamente la creación de una plena comunión entre Jesús y los discípulos. Comunión que permanece viva después de la resurrección.

3. *Confianza absoluta en la Palabra del Señor.* No es la Iglesia con su poder la protagonista de la misión, pero sí la que con su trabajo coopera lealmente. El evangelio anota que «aquella noche no pescaron nada» (3). Sabemos que pescar por la mañana —de sobra lo conoce Pedro y sus compañeros— es tarea abocada al fracaso. Sin embargo, siguiendo la Palabra del Señor, realizan una pesca asombrosa. ¡Imposible capturar tantos peces! ¡Imposible que la red no se rompa! Lo que no consigue la capacidad humana, ni nuestras exiguas fuerzas, lo puede el Señor. Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Lc 1,37).

4. *Interpretación misionera universal.* Ésta se expresa en el simbolismo de los 153 peces capturados en la red de la barca apostólica (11). Se ha detectado en este relato la influencia de Ezequiel y el cumplimiento de su profecía, respecto a la visión del río que brota del templo y fecunda de vida cuanto va irrigando; este impetuoso torrente hace que las aguas corrompidas del mar de la muerte se llenen de peces vivientes (47,10). El pasaje era conocido en círculos joánicos.

San Jerónimo afirma que los zoólogos de su tiempo habían llegado a catalogar 153 especies de peces. Con esta alusión se indica la plenitud y la variedad de la pesca evangélica, anticipo del resultado final de la misión de la Iglesia. La red, repleta de peces, es el símbolo de la Iglesia misionera, que ha nacido como fruto de la obra de Jesús resucitado. Significa la reunión ecuménica de los seres humanos dentro de la Iglesia. La humanidad entera es destinataria del mensaje de la salvación.

5. *¡No rompamos nunca la comunión!* Retornando al episodio de la pesca milagrosa, encontramos una extraña secuencia: «Pedro subió a la barca y arrastró hasta la playa la red repleta de peces grandes... Y, aunque eran tantos, la red no se rompió» (11). Sorprende la no ruptura de la red, que también al mismo evangelista asombra, ya que anota «aunque eran tantos, no se rompió». Se utiliza el mismo verbo que aparece en la escena del despojo de las vestiduras de Jesús en la cruz. Van a desgarrar la túnica en cuatro partes. Una parte para cada soldado. Los soldados, al ver que era de una sola pieza, afirman: «No la rasguemos» (19,24). Y respetan su integridad. No la rasgan. Este capítulo 21 del evangelio es principalmente eclesial, refiere la situación de la Iglesia tras la muerte de Jesús. La imagen de la red es signo de la Iglesia. La red, repleta hasta casi reventar por el ingente volumen y variedad de tantos peces, no se «rompe». La Iglesia apostólica es, según característica expresión de Jesús, «pescadora de hombres». En la Iglesia cabemos todos. En sus redes ya no hay buenos ni malos (ini los peces grandes se comen a los chicos; eso sólo acontece en el mar bravo!). La red no debe romperse, la túnica de Jesús, tampoco. Ambos símbolos representan la unidad de la Iglesia, que no debe desgarrarse nunca.

6. *La misión de la Iglesia no debe guardarse nada, sino arrastrar a todos hacia Jesús.* Jesús quiere seguir atrayendo a la humanidad. Para hacer efectivo este proyecto cuenta con nosotros, sus discípulos. Nos fijamos con atención en las maravillas de nuestro relato evangélico. A través del verbo «atraer» o «arrastrar» muestra la conexión entre la obra misionera de la Iglesia y el poder de atracción de Jesús sobre la cruz (12,32). La Iglesia misionera realiza la voluntad de Jesús: echa la red según su palabra. También puede afirmarse que echa la red de la palabra de Jesús y recoge una enorme cantidad de peces, tantos que ya no pueden los discípulos «arrastrar». La función de la Iglesia no es conservarlos en sus propias redes, sino «atraerlos» hacia Jesús.

Tiraron la red y era tanta la abundancia de peces que no podían arrastrarla. ⁷El discípulo amado de Jesús dice a Pedro:

—Es el Señor.

Al oír Pedro que era el Señor, se ciñó la túnica, que era lo único que llevaba puesto, y se tiró al agua. ⁸Los demás discípulos se acercaron en el bote, arrastrando la red con los peces, porque no estaban lejos de la orilla, apenas unos cien metros. ⁹Cuando saltaron a tierra, ven unas brasas preparadas y encima pescado y pan. ¹⁰Les dice Jesús:

—Traigan algo de lo que acaban de pescar.

¹¹Pedro subió a la barca y arrastró hasta la playa la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aunque eran tantos, la red no se rompió. ¹²Les dice Jesús:

—Vengan a comer.

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían que era el Señor. ¹³Jesús se acercó, tomó pan y se lo repartió e hizo lo mismo con el pescado. ¹⁴Ésta fue la tercera aparición de Jesús, ya resucitado, a sus discípulos.

Misión de Simón Pedro⁴³

¹⁵Cuando terminaron de comer, dice Jesús a Simón Pedro:

—Simón hijo de Juan, ¿me quieres más que éstos?

Él le responde:

—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Jesús le dice:

—Apacienta mis corderos.

¹⁶Le pregunta por segunda vez:

—Simón hijo de Juan, ¿me quieres?

Él le responde:

—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Jesús le dice:

—Apacienta mis ovejas.

¹⁷Por tercera vez le pregunta:

—Simón hijo de Juan, ¿me quieres?

Pedro se entristeció de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le dijo:

—Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero.

Jesús le dice:

—Apacienta mis ovejas. ¹⁸Te lo aseguro, cuando eras joven, tú mismo te vestías e ibas a donde querías; cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te atará y te llevará a donde no quieras.

¹⁹Lo decía indicando con qué muerte había de glorificar a Dios. Después de hablar así, añadió:

—Sígueme.

²⁰Pedro se volvió y vio que le seguía el discípulo amado de Jesús, el que se había apoyado sobre su costado durante la cena y le había preguntado quién era el traidor.

²¹Viéndolo, Pedro pregunta a Jesús:

—Señor, y de éste, ¿qué?

²²Le responde Jesús:

—Si quiero que se quede hasta que yo vuelva, ¿a ti qué? Tú sígueme.

²³Así se corrió el rumor entre los discípulos de que aquel discípulo no moriría. Pero no le dijo Jesús que no moriría, sino: Si quiero que se quede hasta que yo vuelva [a ti qué].

²⁴Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas y lo ha escrito; y nos consta que su testimonio es verdadero.

²⁵Quedan otras muchas cosas que hizo Jesús. Si quisiéramos escribirlas una por una, pienso que los libros escritos no cabrían en el mundo.

⁴³ **21,15- 25 Misión de Simón Pedro.** El Señor pregunta a Pedro por la sinceridad de su amor. Son tres preguntas, eco y reparación de la triple negación de Pedro (13,38; 18,17.25-27). Puede que sea también la ratificación de un compromiso, conforme a la costumbre semítica de hacerlo (cfr. Gn 23,7-23).

La respuesta de Pedro muestra cómo su experiencia dolorosa le ha cambiado. Su triple respuesta no se apoya en él mismo sino en el conocimiento soberano de Jesús (17). En Mateo predomina el carácter eclesiológico: «Sobre esta piedra construiré mi Iglesia» (Mt 16,18). En Juan se destaca una marcada insistencia cristológica. Jesús constituye a Pedro en pastor de su rebaño, y le pide su amor total. Es la condición indispensable para desempeñar el oficio de pastor dentro de la Iglesia, y en sentido amplio, para cuidar del hermano.